

30^{1/2}

FOTOS

EL SOLLUBÉ PARA
ESPAÑA

REPORTAJE DE LA
MAGNIFICA GESTA
EN ESTE NUMERO

Año 1 Semanario gráfico de reportajes 15 Mayo
N.º 12 1937



EL TROZO DE PAN

VAMOS recorriendo el frente de Vizcaya y en todas partes surge el dato precioso para la Historia de esta guerra de salvación.

Salkmos de Vitoria para dirigirnos a Ochandiano y al llegar a Villarreal nos hace detener, en el camino, junto al cruce de dos carreteras que tiene un pequeño puente volado, un grupo en el que se adivina el paso reciente de la lucha. Sobre un montón de piedras, rodeado de picos, palas y azadones de trabajo, seis, ocho, diez hombres aún con la huella del sufrimiento en los semblantes, comen vorazmente entre risas y bromas de un contento que a fuerza de ser infantil parece nuevo en el paisaje envuelto en morderuras de metralla. Tres parejas de guardias de Seguridad les acompañan.

Hay alguien en el coche que dice:

--Esos son prisioneros.

LLamamos a parte a uno de los guardias para interrogarle con discreción:

--Son esos prisioneros ¿verdad?

--Sí, señor. Mejor dicho son pasados.

--Y estaban trabajando ¿verdad?



--Trabajando en lo que ellos mismos destrozaron. Aquí están reconstruyendo ese paso sobre la carretera.

--¿Son dóciles?

--Son unos infelices. Estando con ellos y oyéndoles es como se da una cuenta de cómo les engañaron.

Uno de los pasados, un tipo netamente vasco, de agudo perfil y pequeña cabeza rojiza sobre unos hombros anchos de atleta mordisquea ansiosamente un trozo de pan blanco.

--Y ese... ¿No come más que pan?

--Pan solo. La mayoría

no quiere comer más que pan, pero pan en abundancia y del día. Lo comen como si fuese una golosina.

Preguntamos entonces al vasco procurando poner el mayor agrado posible en nuestras palabras:

--¿Qué? ¿Hay apatito?

El evadido se pone respetuosamente en pie. Habla el castellano con cierta dificultad:

--¿Si tendría apatito "dise"?

--Si hombre. ¿Hay apatito?

--Muchoísimo apatito tenía. Pero ya pasándoseme está a "fuersa" de pan comer.

--¿Se pasaron ustedes muchos?

--¿Yo? Tres meses.

--¿Cómo tres meses?

--Tres meses aquí ya me estaba "serca" de Ochandiano oído que pan blanco en la tierra no "hasian" o así.

--Pues ya habrá usted visto que en España aún lo hay.

--Sí, visto. Pero a España volver no podíamos hasta unos días "hase" que repliegues aprovechar para como muertitos quedarnos junto a tierra y brincar a España "entonses".

--Y esto es otra vida ¿no?

--Otra cosa ser y todo ser bueno. Buon rancho ¿queres un poco? Patatas, judías "choriso" y carne tiernísima que te está ¿Probar ya querrias?

El vasco me aproxima una cazoleta de aluminio llena de sabroso rancho. Pero yo le busco la coartada:

--Rancho no porque ya he comido. Un poco de pan sí queda.

--¿Pan? Ya solo este cachito quedarme y yo le daría; pero a éste más le queda que a mí.

Y el vasco reanuda las dentelladas ansiosas sobre su trozo de pan blanco. Los doce hombres le imitan. Es un verdadero campeonato sobre la milga. Ninguno me lo ofrece, porque quizá cada uno de ellos cree que voy a pedir-seo.

El vasco se mete en la boca de una vez el último trozo que le queda en la mano. Temo que se atragante. Con los carrillos hinchados apenas puede hablar:

--Sí... si vendría mañana yo... ya darle po... podría.

EL LEGIONARIO Y EL CHACOLI

Lequettió fué uno de los pueblos del frente de Vizcaya que cayeron en poder de nuestras tropas sin resistencia y sin lucha. Nuestros bravos soldados llevaban tan rápidamente su triunfal avance, que no dieron ni siquiera tiempo a los esclavos de Aguirre para revolverse en su huida. Y los nacionales se encontraron en Lequettió con una población sin la menor huella de la guerra y además medianamente abastecida, como tienen los riosos todo el terreno que aún dominan, pero con algunas cosillas aún a las que poder meter el diente o con las que refrescar un tanto el gazañete.

Los ánsimos legionarios reparan al momento en un tenducho, mitad ta-

berna, mitad establecimiento de comestibles a cuya puerta se leía, sobre una maaera colgada, un letrero que decía: "Hay chacoli".

La explosión de entusiasmo que entre los legionarios produjo el hallazgo no es para describir. Chacoli era una cosa para beber, y esto bastaba, aunque para la inmensa mayoría de ellos, hombres del Sur, el chacoli fuese un desconocido.

Entre los del Tercio había un cabo más sevillano que la Giralda que de hacia tiempo tenía unos deseos locos de saber cómo era eso del chacoli. Y el hombre se dirigió a la buena mujer que parecía regentar el tenducho y que estaba algo atemorizada ante la invasión de los legionarios ante el aspecto del chacoli.

--A ver, señora; demos "usté" unas cañitas de ese chacoli con unas buenas tapas si "pué" ser.

Y la mujer sacó unos vasos de grueso vidrio y un jarro de barro lleno de chacoli.

--¡Josil! Qué cosa más renegra es este chacoli.

Lo miró por los cuatro costados y sin pensarlo de pronto ¡zas! de trago se lo metió en el colete. La cara que puso luego no es para describir. Todos los visajes con que suele "saludarse" a una purga pasaron en un instante por su semblante. Los demás legionarios, algunos de los cuales ya habían llenado también sus vasos de chacoli, se quedaron suspensos al ver muecos del cabo, sin atreverse a beber, y en ésto que llega un oficial:

--¿Qué hacéis, muchachos? ¡Carámba! Bebiendo vino. Venga un vaso para mí.

El oficial, pescoando uno de los vasos, se lo va a acercarse a los labios cuando el cabo deteniéndole de pronto el brazo y poniéndole una cara muy fea dice:

--No deba "usté" eso, mi teniente. Que a estos separatistas se les "agria" hasta "er" vino.

EL RICINO DEL MORITO

Al hospital de medicina interna que hay establecido en cierta ciudad del frente de Madrid, llega un morito al parecer enfermo de infección. Tiene mucha fiebre. El médico le reconoce y le receta un purgante de ricino como primera providencia.

La enfermera entrega poco después al morito el vaso con ricino:

--Esto es lo que has de tomarte.

--Estar bien.

Acude la enfermera a atender a otro enfermo y rápidamente el morito se inclina hacia abajo de la cama y arroja el ricino al orinal. Poco después la enfermera recoge el vaso vacío.

Al día siguiente el morito tiene la misma fiebre. El médico le pregunta:

--¿No te ha hecho efecto la purga?

--Morito no saber.

--¿Cómo que no saber?

Y dirigiéndose a la enfermera le dice:

--Repítale a este la purga de ayer.

La enfermera trae nuevo ricino. Se lo entrega al morito. La enfermera se descuida un instante y el morito vuelve a arrojar el ricino en el orinal.

Al otro día el médico ve de nuevo al morito. Le reconoce:

--Este vientre sigues teniéndolo durísimo. ¿No te movió tampoco la segunda purga?

--Morito no saber.

--A ver, enfermera; tráigame usted un vaso de aceite de ricino.

La enfermera trae el ricino.

El médico dice al morito:

--Tómalo.

El morito se queda con el vaso en la mano, sin tomárselo, como quien espera algo:

--¿Por qué no te lo tomas? ¿Qué esperas?

El morito muy dulcemente añade:

--Morito esperar que di te marches.

--¿Por qué?

--Porque estando tú morito no atrevese a tirar ricino en orinal.

Esta anécdota me la relata un ilustre doctor vallisoletano de serotino el citado hospital. Y termina así:

--Tuvimos que apelar casi a las bombas de mano para que el morito tomase el ricino.

--¿Y lo tomó?

--¡Vaya si lo tomó!

Para agradecerlo luego. Porque el morito se dió cuenta....

Luego, ya se que habló a muchos de que le habían hecho tomar ricino.

Y dió también que creía que se tratada de un castigo, y como él no día faltado no quería que se le achacaran faltas que él no había cometido. Pero cuando se enteró para lo que era.... lo tomó.





guardia. La casa en donde viven en alegres jornadas de duro trabajo, expone su perfil a un bombardeo frecuente como coimena laboriosa en un Carabanchel casi desierto.

El 26 de enero llegaron estas diez camaradas vallisoletanas, a cuyo frente está, con excelencias magníficas de espíritu nacionalsindicalista, Manolita González. Desde aquella fecha aseguran con ese entusiasmo nuestro, el servicio de un lavadero de primera línea de Falange Española.

Establecemos un cordial contacto, y las chicas nos cuentan a coro, que la noche anterior fué muy dura y que hasta la madrugada sufrieron un bombardeo intenso, teniendo que refugiarse —como tantas veces— en la cueva entre trastos y cacharros viejos.

Irene Revertera con las lavanderas en Carabanchel Bajo.

SUEÑAN los cañonazos lejanos cuando recojo en su enfermería de Brunete a Irene Revertera para ir a Carabanchel Bajo. Nuestras excursiones coinciden con una jornada en la que los rojos atacan energicamente nuestras líneas. Quieren dar a su desesperada tozudez el pretendido carácter de una ofensiva.

Por la carretera adelantamos a los pedregosos camiones que llevan haces de juventud, al ritmo heroico de nuestro himno, hacia las trincheras. Cruzamos a los tanques que arrastrando su vientre, buscan en su querencia a los cañones. Y todo bajo el sol. Un sol primaveral, madrileño, que nos aproxima en el tiempo y en el espacio a la pradera goyesca de San Isidro.

Al pasar por el aeródromo de Cuatro Vientos, su comandante nos retiene amablemente a almorzar. Y más tarde subimos a la torre de observación de la base aérea, desde donde vemos en atinante proximidad de telescopio, las casas de un Madrid que sufre, con sus calles convertidas en vivac de aventureros.

Y desde el aeródromo vamos por un camino que ya no es carretera, sino calle madrileña de arrabal, hacia Carabanchel Bajo. Y rodamos entre las vías paralizadas del tranvía vetusto, que nos hubiera llevado por unos metros al corazón de la ciudad. Del paso de la horda vola como un recuerdo, un coche remolque, inmóvil y solo, que sirve para arrastrar los cables desmenuados. Una bomba sin explotar, yace en tumba de escombros en el centro de la calle, vacía y llena del silencio urbano.

En paisaje de extrarradio, llegamos a una casa modesta, cercana a la torre desalmenada de la iglesia de Carabanchel Bajo. Allí viven en morada humilde —cavertanera de un trabajador ausente— las muchachas de la Sección Femenina de Valladolid, que dejando sus miliares y comodidades, pidieron un puesto de van-

las

AVANZADAS de CARABANCHEL

bajo

No hay que olvidar que Carabanchel Bajo es una auténtica línea del frente, de esas que cuando los rojos tienen fantasía para intentar victorias, no dudan en declarar haber conquistado. El día 27 de febrero, un obús vino a plantar sobre el cuarto de costura de estas valientes camaradas femeninas la ejecutoria de su callado heroísmo, que es la arquitectura herida de la casa, como un símbolo de los gloriosos desgarrones ofrecidos a la Patria por nuestra Falange.

Aunque el estilo nacionalsindicalista es fundamentalmente exaltación de equipo, vamos, sin embargo, a transcribir los nombres de las impávidas lavanderas de Carabanchel, orgullo de la Falange Femenina de Valladolid. Lo hacemos para ejemplaridad de nuestras camaradas, ya que hay todavía ocasiones magníficas de prestar servicios en los que es cotidiana realidad nuestra suprema promesa de sacrificio. Ellas son con su jefe Manolita González, las camaradas Francisca Martín, María Victoria Camazón, Ascensión Santander, María Palza, Perpetua Ortega, María Antonia Marcos, Elena Vázquez, Pilar Sanz, Consuelo Rabanillo y Angelita Santo Tomás.

Cuando Irene Revertera, transmite a esta escuadra de auténticas falangistas todo el calor del saludo que para ellas trae

de Pilar Primo de Rivera, jefe Nacional de la Sección Femenina, las constantes fatigas son olvidadas, cambiándose por la legítima alegría de servir útilmente a la Falange en un puesto de vanguardia.

Y visitamos su casa residencia, en donde han reunido un verdadero almacén de ropas, buscándolas en las casas abandonadas, y que previamente desinfectadas y lavadas, son ordenadas y clasificadas como fondo de repuesto para los diferentes servicios.

El número de piezas recuperadas es de mil quinientas unidades. También tienen bajo su custodia, los restos de las existencias de una fábrica de loza que son destinados a las enfermerías.

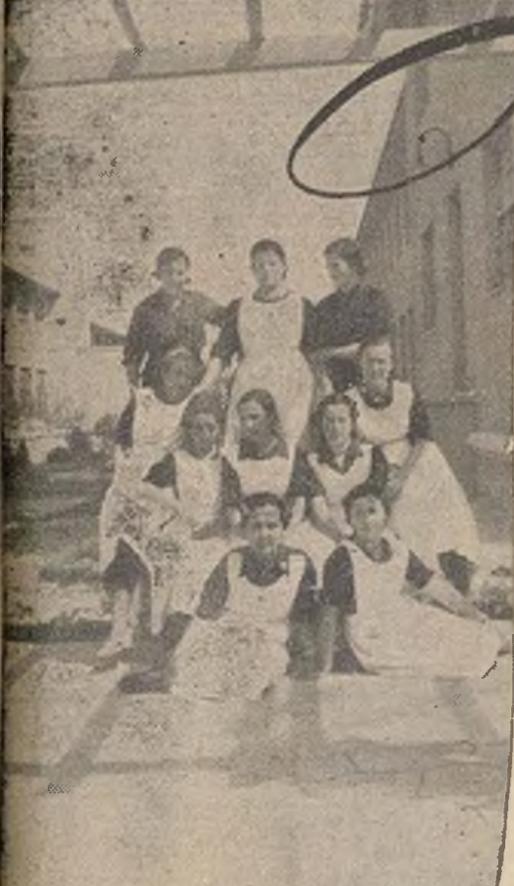
La vida interior de los lavaderos de vanguardia está cuidadosamente reglada por un horario muy severo que empieza a las siete de la mañana.

Para la cocina se designa semanalmente un turno diferente, compuesto por dos camaradas.

Naturalmente el trabajo fundamental a que se dedican, es el lavado, pero las horas que deja libre esta ocupación, son destinadas a la costura y también a la cultura física. Como distracciones cuentan las chicas, a más de su alegría juvenil y falangista, con un radio, un gramófono y un piano viejo. Todos estos aparatos ruidosos se emplean para apagar "los rumores" del tiroteado del cañón y del fusil.

Sallimos de la Residencia para ir al taller de lavado. Este se encuentra instalado en el magnífico edificio del Colegio de Huérfanos de Seguridad y Policía, que ha sido inaugurado por las lavanderas de la Falange, gracias a la cesión hecha por el general Orgaz.

A la sombra de estas muchachas que son la flor de la Falange, visitamos este magnífico taller, dotado del más moderno material mecánico de lavado. Y asistimos con admiración a la perfecta artesanía de estas lavanderas voluntarias y ocasionales, que hasta su llegada a Carabanchel, no habían practicado ningún trabajo manual, y que ahora dan animosamente su útil esfuerzo sin otra retribución que la de merecer con el mejor de los títulos la camisa azul.



Después del trabajo se dejan sorprender por el fotógrafo.

Las chicas realizan solas todos los trabajos del lavadero, ya que no tienen otra ayuda masculina que la de dos falangistas de la Bandera de Castilla que se ocupan de las calderas. Las muchachas han ido, en casos de urgencia, a buscar ellas mismas el carbón a las cercanías de las líneas de fuego, en el barrio de Usera, del Terol y de la carretera de Leganés.

El lavadero asegura diariamente las necesidades de una Centuria. Sus "clientes" habituales son las Banderas de Castilla y Cáceres, que luchan en el cerco de Madrid, aunque también se lava en él ropas de las unidades del Ejército. Estas prendas que entran con las negruras de un uso prolongado y con desgarrones de todas clases, no son devueltas sino planchadas y repasadas, con una pulcritud que sólo se logra a través del afecto de la Falange que es un gigantesco hogar de hermandad.

Las muchachas de Carabanchel Bajo nos dan en su actuación de verdaderas falangistas, una prueba de cómo será la España nacionalindustrialista en esta hora de amamecer, es decir, como alegría y exaltación del trabajo hecho suprema ambición de servicio. Y también como elemento integrador de una Patria grande que sólo se puede obtener con el esfuerzo unánime de todos los españoles.

"Concebimos a España en lo económico como un gigantesco sindicato de



Grupo de falangistas de la sección femenina de Valladolid que están en Carabanchel



Una de las máquinas del lavadero.



Las lavanderas después del trabajo.

que mezclarán sus manos con nuestras, para ser subaúles de España de bóvedas tan altas en que cabrán como bajo un nuevo cielo todos los españoles de buena voluntad que quieran como nosotros, Patria, Pan y Justicia.

Y volvemos de despedida, a la cobertura de nuestras lavanderas. Y como el sacrificio útil es siempre alegría, nos despiden, en unión de voces, con una canción que ellas mismas han compuesto, ingenua y popular que es música de frente, cántico de milicia voluntaria:

"Si me quieres escribir ya sabes mi paradero en el frente de Madrid trabajo en el lavadero. Oímos los cañonazos y las balas de fusil pero todos lo aguantamos por entrar pronto en Madrid."

Y cuando nos alejamos, al percibir el eco de sus voces fundido en el ruido del motor, suenan y resuenan, bajo el cielo de Madrid, los cañonazos; y con alucinaciones de próximo espejismo, vemos en Madrid que sin embargo está a nuestra espalda, millares de banderas nacionalindustrialistas, que tifinen de rojo y negro como un cenefa, las atalayas madrileñas, bajo el cielo azul que es nuestro.

Juan de Sopena

productores" —dice nuestro Punto 9."

Nuestras lavanderas dan con su esfuerzo desinteresado de su tarea diaria, un magnífico ejemplo en el que van unidos el sentido heroico de la Falange, con el culto al trabajo como una obligación social.

En ellas puede verse con la grandeza de un símbolo, el deseo de acabar en un clima militar con la ropa sucia que hemos llevado hasta hace poco todos los españoles.

Estas muchachas blanqueadoras de prendas, son productoras de limpieza externa, sobre los cuerpos que han sudado la guerra gota a gota, y que antes ya había purificado sus almas con la mística suprema que dictara JOSE ANTONIO.

Alentados en nuestra fe por la labor callada y estupenda de estas muchachas de Falange, mientras suena el cañón en lejanía que es proximidad de frente, volvemos por las calles de un Carabanchel paralizado, pedazo de ese "gran Madrid" cuyo centro está todavía bajo la tenaza de la horda.

Al pasar sobre los reflejos paralelos de las vías del tranvía, pensamos sin querer, en la cadena, hoy rota, de aquellos honrados menestrales, hoy esclavizados por el terror rojo, que diariamente iban al corazón de la ciudad cautiva a cambiar su trabajo por pan hogareño.

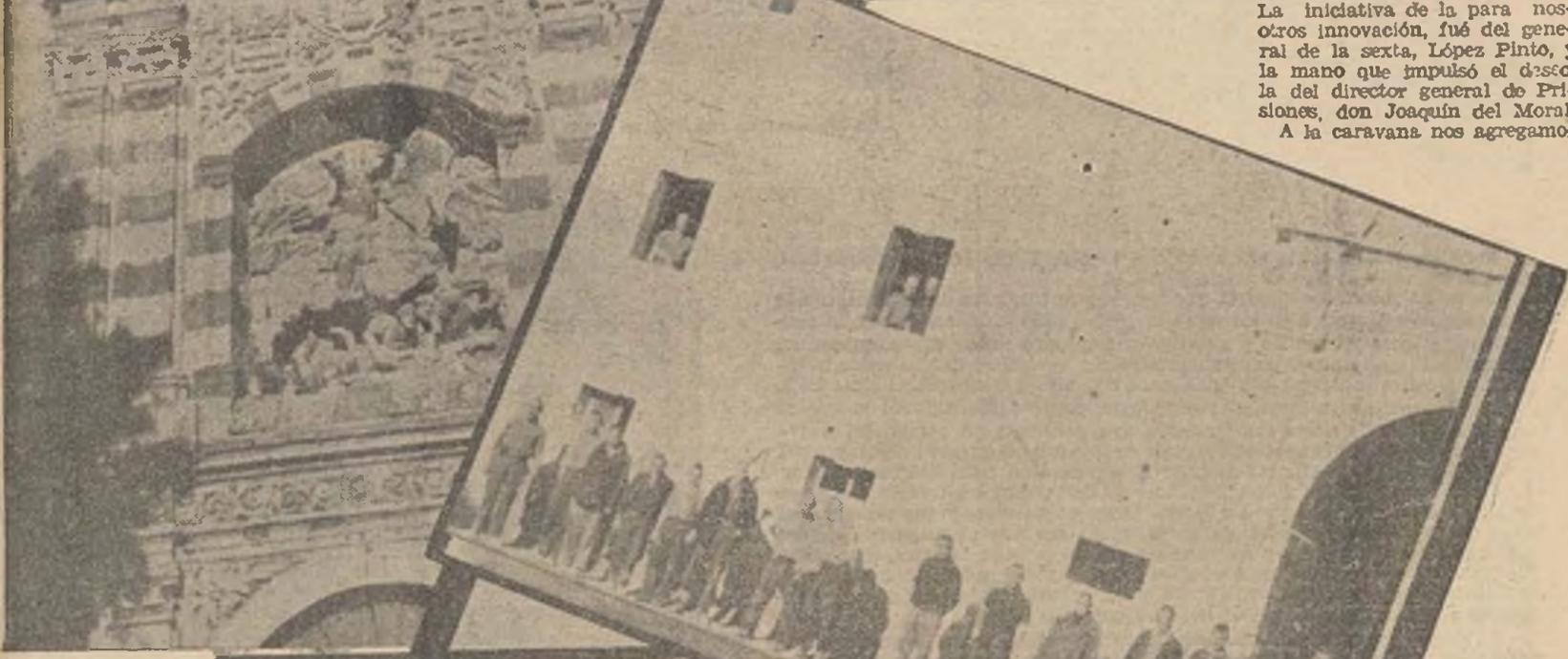
En aquéllos que no oyeron la voz de nuestra verdad, en aquéllos que no quisieron comprenderla, pero que como nosotros querían la elevación moral y material de nuestro pueblo. Y pensamos también, que fatalmente liberados por el sufrimiento — muchos de ellos serán nuestros futuros camaradas



En el lavadero de Carabanchel Bajo entregadas a la diaria labor

Al doctor Doña Jimena reposa en los prisioneros

La iniciativa de la para nosotros innovación, fué del general de la sexta, López Pinto, y la mano que impulsó el gesto, la del director general de Prisiones, don Joaquín del Moral. A la caravana nos agregamos



SANTIAGO, EN LO MAS ALTO Y MAS ARRIBA EL IMPERIO

HOY disfrutamos de un poquito de paz en el frente y nuestro capitán Agullera, que guarda entre las dos lanzas de su arma arrolladora una pluma, ha invitado a los periodistas extranjeros y quiere llevarnos al primer campo de concentración de prisioneros de guerra que ha montado España,



y con ella corremos por la ruta de Burgos. Dejamos atrás los montes terribles que hemos tenido por paisaje durante tantos días y entramos en las llanuras, tímidamente rotas en este Pancorbo, que quiere, en una de sus revueltas, recordarnos nuestro Desfiladero lejano.

Las alturas que tuvimos que escalar, las agudas puntas en las que vimos a los soldados esforzarse para subir sus armas pesadotas para dar a los rojillos de Aguirre todo su merecido, apenas son esa noche. Delante, la ondulación de un campo que verdea en la primavera y ya anuncia la sequedad castellana de un agosto impasible.

Tierras estas heroicas, de ellas ha salido todo lo bueno y lo malo de nuestra historia. Guerras que asistían al espectador y hincapiés que estremecen. Son ellas las que plasmaron todo el Descubrimiento, las que hicieron guerra a la morisma y enseñaron a escaramucear al Mundo; son ellas las que fraguaron la guerra que sufrimos, adivinatoras de los orímenes más horribles en pagos de Toledo y Ciudad Real, y son las que han otorgado a la Patria el bloque compacto de hombres que, al grito de Navarra, bajan a Salamanca, Valladolid y Burgos, en son de conquista, sin otra pretensión que vencer y retornar a sus surcos para domar los terrones y arrancarles el buen pan de blanco trigo, famoso en todos los rodajes de la tierra.

En bella portada del Monasterio de San Pedro de Cardena Enfermos de indigestión reposan al sol después de comer caprichosamente.



gado a la Patria el bloque compacto de hombres que, al grito de Navarra, bajan a Salamanca, Valladolid y Burgos, en son de conquista, sin otra pretensión que vencer y retornar a sus surcos para domar los terrones y arrancarles el buen pan de blanco trigo, famoso en todos los rodajes de la tierra.



Salida de los prisioneros para el trabajo.

pobres cabezas vacías de sentido.

Y como son testigos de lo hacen, es natural que lo recuerdo un episodio relevante, visto en el frente de Madrid, en aquellos días en los que íbamos sobre la carretera Andalucía por las alturas de Pinto.

Se habían elevado los apuros enemigos y los nuestros salieron al paso. El combate trabó con toda la ferocidad la guerra del aire. Y uno de los nuestros, después de lucir sus técnicas corbetas, pudo enderezarse y planear hasta caer en nuestras líneas. Pronto le desearon los soldados pero el piloto y su ametrallador apenas vieron las pistolas y dispararon. Los de España, hábiles y matados, se esparcieron y, parados, le gritaron que no hiciera fuego y se entregara tranquilamente. Alguno le sonreía desde lejos y hasta tiró el fusil para demostrarle su actitud de paz. Ellos debieron mirarse a los ojos y recordar toda la propaganda

Por ellas vamos, hasta entrar bajo el arco de Santa María y doblar hacia el Monasterio de San Pedro de Cardena.

En la literatura de España, y en el legajo histórico de la Patria, este Monasterio pasa a ser algo así como la piedra bíblica. El romancero lo canta muchas veces y coplillas y madrigales hay para llenar espuelas con su nombre, y lo que ocurrió entre sus muros. La verdad se desvanece entre la leyenda y puestos a escoger, nos quedamos con esta que es toda el alma de la poesía. El sabio que maneja el microscopio, puede desdeñar todo lo que no cae bajo su lente y hasta sonreír despectivo, pero tú y yo, camarada, preferimos estas nobles impurezas en las que se teje todo el corazón de un pueblo.

El Cid, su figura señera, el sonar de espuelas en estas baldosas. Plafar de caballos vestidos de acero, y en lo alto de la ventana ferrada, la figura de una mujer que tiene que ser guapa hasta en su vejez y que reposa aquí para que sus pobres huesos, ya polvo, estén siempre al resguardo de los muros que la vieron amar y sufrir. Todo esto es la bella mentira, pero quizá fuera en tiempos la gran realidad de una pobre vida perdida en los campos castellanos, mientras el esposo jugaba entre balandronadas de judíos y mercaderes a ganar España para el Cristianismo y su señor.

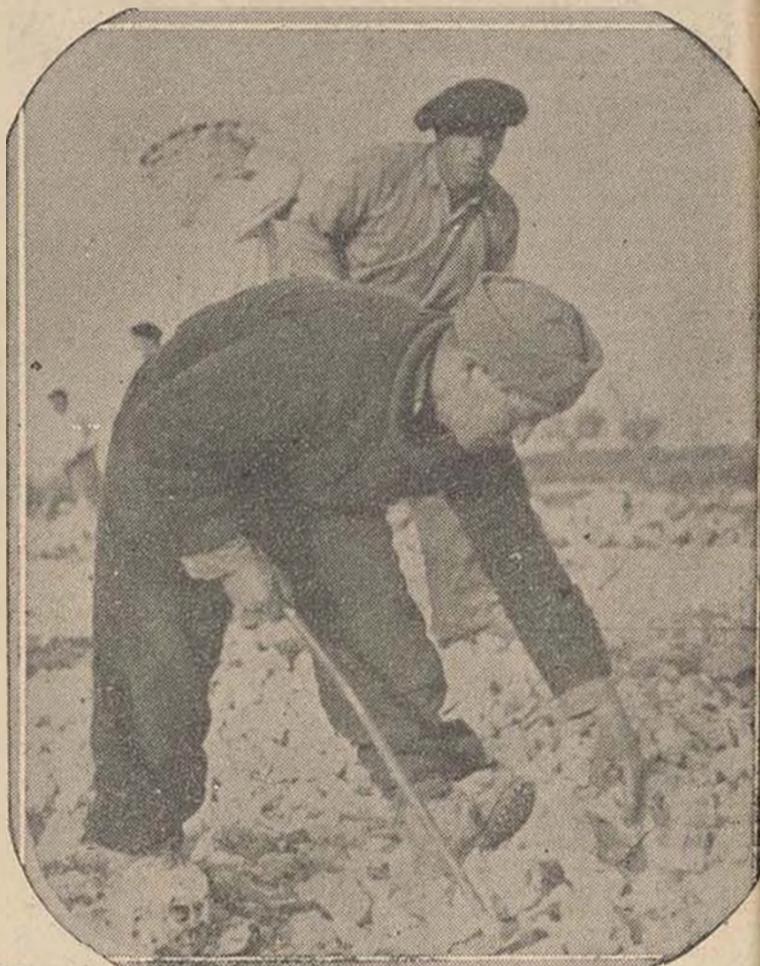
Santiago, vencedor del infiel, monta brioso trotón, sobre la puerta horadada por la carcoma. El brazo en alto, la mirada ya fundida por la lluvia y el viento, y ellos, los morillos, agazapados bajo la panza blanca mientras una gran cruz se dibuja en la lejanía y las huestes cristianas gritan sus triunfos en campos valencianos o rezan sus plegarias por las veredas de Compostela. Y más arriba, doble escudo florado; éste guardando en su circumference los cuarteles de cadenas y castillos, aquél, levantando hacia el cielo, por las garras, dos leones y los dos con la corona Imperial, con todas sus perlas y gemas en labrados florones.

¿Los vió así doña Jimena, la muerta, si alguna vez cruzó la ojiva? Debió verlos y eso nos basta. San Pedro de Cardena permanecee y si todo lo escrito se da de trompicones con hechos, teorías y estilos, decid al sabihondo que baje desde el Sullub: hasta Burgos y entonces nos dé el palmetazo.

LOS MIL Y CIEN PRISIONEROS

Entre estos gruesos muros de piedra viven y duermen los prisioneros de guerra en la paz de su guarda y el trabajo de sus brazos.

Las radios rojas, toda la propaganda que ellos esparcen entre las naciones que quieren ignorarnos y las trincheras que todavía nos combaten, dicen todos los días que nosotros fusilamos entre bárbaros martirios a los que caen en nuestras manos. Tan dentro de ellos está esta falsedad, que muchas veces hemos oído a los prisioneros que la razón de que no se pasen muchos a nuestras filas, reside en ello y en el temor que despertamos en sus



Los prisioneros trabajando la futura carretera del Monasterio.

terio y convierten así un camino de herradura en una buena pista que, al tomar la paz, traiga el turismo hasta el edificio, sobre ruedas.

TODOS ERAN COMBATIENTES

El capitán Emeterio García Juárez, director de la prisión, nos da detalles de la vida de su colonia penal.

—Todos, nos dice, eran combatientes. Gente de Santander y de Vizcaya.

—¿A cuánto alcanza la consignación por hombre?

—Como la de un soldado: una peseta y sesenta y cinco céntimos.

—¿Parlotean mucho?

—No, son muy reservados.

Ya lo advertimos. Al hacer unas preguntas ellos nos miran sonrientes y contestan con monosílabos.

—¿Tú eras?

—Escaba.

—¿Voluntario?

—No. Me tocó la quinta y los que no iban, pues...

—Me han dicho que tampoco érais bien mirados los que no formábais más que por la fuerza.

—Así es. Nosotros teníamos fuego delante y detrás.

—¿Estás contento de tu suerte?

—Sí, señor. Yo ya veré el final de la guerra.

¡Suprema filosofía del prisionero de un ejército en derrota.

LA OTRA COLONIA

Un amigo zumbón, que viste arreos militares y na sorprendido muchas cosas en la retaguardia roja, me decía hace unas horas:

—El asesino encontró una Concepción Arenas que escribiera para ellos y hasta lograra imponerse. La viuda y los hijos del muerto no han dado todavía con la señora que haga toda esa literatura en su honor.

—¿Por qué?

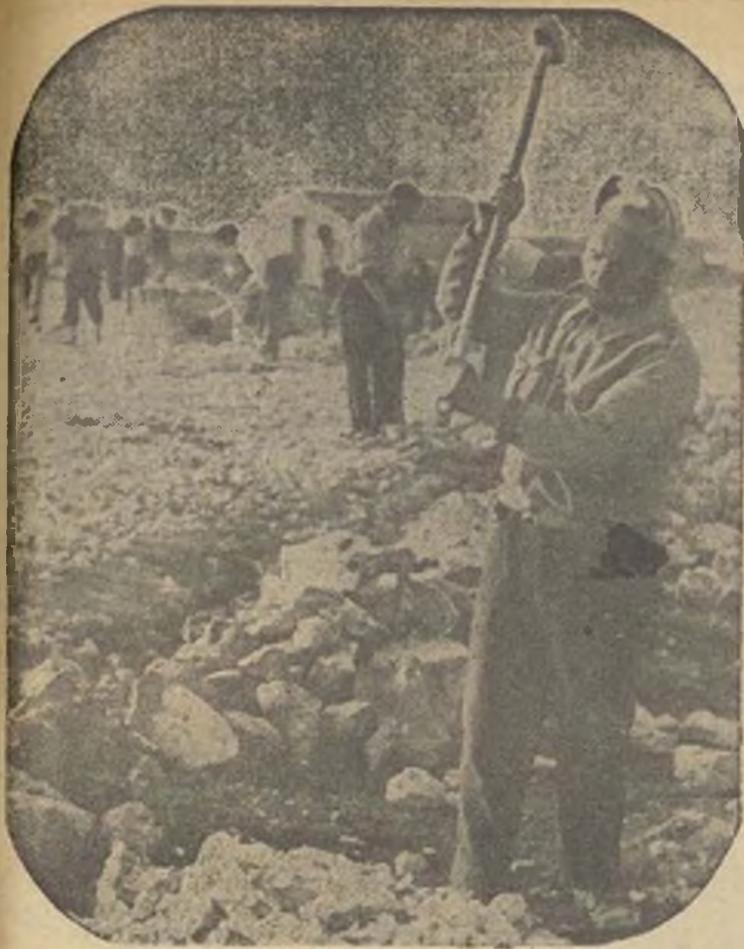
—No digas eso. El dolor es algo íntimo que rechaza ingerencias extrañas.

—Palabras. Mira a aquel que bebe un buen chorro de agua ¿Qué como habrá hecho en Bilbao? ¿Quiénes le habrán mirado suslicantés en su última hora?

—Ni tú ni yo somos nadie para juzgar.



Salida para el trabajo.



Los prisioneros trabajando en la carretera del Monasterio.

roja que mata siempre, siempre, hasta en las distancias infinitas, cuando los hombres han salido de sus uñas, y volviendo las pistolas a su sien, quedaron allí, al lado del aparato, con el cráneo abierto por su propia arma y mano.

Estos que vemos aquí, los que en otras partes contemplamos, nos significan su tremendo error y hasta viven contentos al verse libres de la guerra en las filas rojas. Claro que hay algunos que no se corrigen nunca...

Bien pelados, vestidos y hasta un poco limpios, salen por las mañanitas camino del tajo y tornan en los atardeceres a refugiarse en colchonetas que para los nuestros quisieramos en muchas ocasiones.

Hablan entre sí; fuman, comen y pueden ver el cielo durante todo el día y las estrellas al asomarse a las ventanas que no tienen rejillas, porque no son necesarias. En caso de fuga, pronto volverían al redil. Para ellos, mientras no pase el tiempo, toda la España liberada es una cárcel.

EL RANCHO Y UZCUDUN

Estos hombres que hicieron fuego contra España, tienen como consignación la misma del soldado y hoy almuerzan unas judías con chorizo y guisado de patata y carne.

Este grupo que toma el sol y luce ojerías, son los enfermos. Enfermos de indigestión! Los hijos de aquellos padres que en tierras de Vizcaya oí decir:

—El chico está prisionero. Ese come pan blanco.

Porque, pese a la propaganda, ya se convencen y hasta ellos llega toda la buenaventura de los que salen de los predios de Aguirre o de los lugares del Largo Caballero y la F. A. I.

Ese muchachote grande, con todos los rasgos de su raza, al que

llaman Uzcudun por su corpulencia, necesita ración doble para sus comidas, pero tanto abusó de su hambre y del rancho, que se debilita como una espiguita atacada de ceniza, el mal campero que "anda" por el aire y nadie sabe lo que es...

Nosotros sabemos que era hambre y la sacó con ansias, que ahora sorbe leche como madamita hinchosa.

La jornada es de ocho horas y como la diligencia no les acompaña la llevan con el ritmo suficiente para que el trabajo cunda sin que los músculos se agoten.

Hacen la carretera que llevará al Monas-



Otro trozo de la carretera, donde trabajan los prisioneros. (Fotos Campaña).

—Bien. Pero pienso que en las puertas de las cárceles debiera borrarse el: "Odia el delito y compadece al delincuente", y sustituirlo por: "Odia el delito y acuérdate de la víctima"...

La pirueta es graciosa. Al volver, cruzamos por las canteras de las que se sacan estas piedras doradas que son gala y fama de Salamanca. Unos hombres

forman al pie del anfiteatro que semeja la mole trabajada por el esfuerzo de cientos de años.

—Ahí—me dicen—labora otra colonia de prisioneros. Ya vendremos otro día. Es tarde.

Corre hacia Vizcaya nuestro automóvil, como si él quisiera ver también la cima del monte recién ganado. Tíblas aún sus cenizas, desde el cue la ría de Bilbao se nos ofrecerá...

Luis de ARMISAN.

DE BERMEO

EL BALCON

CUANDO en busca de un almuerzo que guarde todavía el humo del fogón, descendemos por esta rizada carretera que nos lleva a Eibar y tropezamos con los pueblos que ha aniquilado la furia roja, nos parece que en lugar de venir de la vanguardia, nos acercamos a ella.

Allí, en los montes, ante el apacible espectáculo de la ría, si pudiéramos dejar de oír el cañón y la ametralladora nos parecería que estábamos en un buen viaje de primavera sobre los riscos y praderas vizcaínas. Aquí está el polvo de las casas hundidas, los rengridos tizones de las vigas que se hundieron y todo el horror de lo que fué y no volverá a ser nunca.

En Eibar, antes de llegar al bar que milagrosamente queda y en el que sobre unas mesas desvencijadas y estanterías vacías, nos guisaron unas lonchas de lomo recién compradas al carnicero que acaba de abrir su tienda después de dos días de limpiarla de escombros, encontramos un lienzo de pared, ante el que nos hemos parado sin remedio y ante el que estamos largo rato.

La casa era de aquellas que muestran siempre al visitante como rastro de una historia orgullosa. Columnas guardan sus puertas y parecen puestas para servir de sostén al enorme escudo de chimera frontal que entre lazos y bordados recata sus cuarteles. Pero no es esto lo que nos importa. La hemos visto ya otras veces y en varios sitios y jamás dejamos a los ojos otra pausa que la necesaria para que resbalara por ella y llevara al pensamiento su gota de peña y acibar.

Lo que hoy nos detiene son los tientos que todavía están en la ventana. Los vimos ya el día que se entró aquí y nos sorprendieron. Al mirarlos ahora y ser testigos de su agonía, hemos aprestado la máquina para llevárnoslos en imagen antes de que ellos también pasen.

Se sostienen en equilibrio inexplicable y ya amarillean. Unas manos, sin duda femeninas, los cuidaba todos los días y así mostraban su verde pastoso de clavellinas del norte. La casa ha ardiendo, la mujercita se fué y ellos han quedado en el mismo sitio donde sintieron cartelas, respetados por el fuego para languidecer lentamente sin que sea posible darles el sorbo de agua que les libraría de la muerte.

Un día vendrá en que ya no quede nada de ellos tampoco y Eibar habrá perdido tres vidas más; las de estas macetas que supieron salvarse de la furia roja y a las que la caridad azul no puede llegar...

VENIMOS DE ARRIBA

Del monte que han volado nuestros



(1) Casa de peones camineros en el Valle de Aramayona, llena de lotereros rusos. (2) Carros de asalto esperando la orden de marcha. (3) Artillería de Montaña marchando al frente

AL Sollube por caminos de

aviones incesantemente rozando sus cumbres hasta sentirse envueltos por la humareda de sus bosques en llamas. Vimos trepar a los tanques en marchas impresionantes y llegar a los caminos que el enemigo había abierto para cazarles. Eran los que iniciaban las veredas de la infantería y la infantería ha sido en los últimos momentos la Falange Gallega que se ha cubierto de gloria en la escalada y dominación del Sollube. Los muchachos, a la bayoneta, despejaron las cimas y supieron poner allí la bandera de España. Esto es muy fácil de decir, pero si alguno tiene la curiosidad de observar la cota y averiguar la pendiente, verá como alcanzar la meseta superior bajo el fuego de unos rojos bien cubiertos y que habían construido allí refugios poderosos es una de las gestas de bravura de esta guerra tan pródiga en heroísmos.

Basta contemplar esa fotografía de Campua, obtenida en un momento de reposo, para ver cómo el campo se plaga de hombres acostados que quieren dar a sus músculos todo el descanso que necesitan.

LA CASILLA DEL PEON CAMINERO

Y hemos encontrado esta casilla de peones camineros, en la que al lado de algunos letreros escritos por mano española, están esos otros trazados en alguna lengua asiática. Los impactos de nuestras balas han querido borrarlos al tomarla, pero ahí están, para lección de los que quieren todavía colocar al napoleónete Aguirre, como sostenedor de una guerra por las pretendidas libertades de su pueblo.

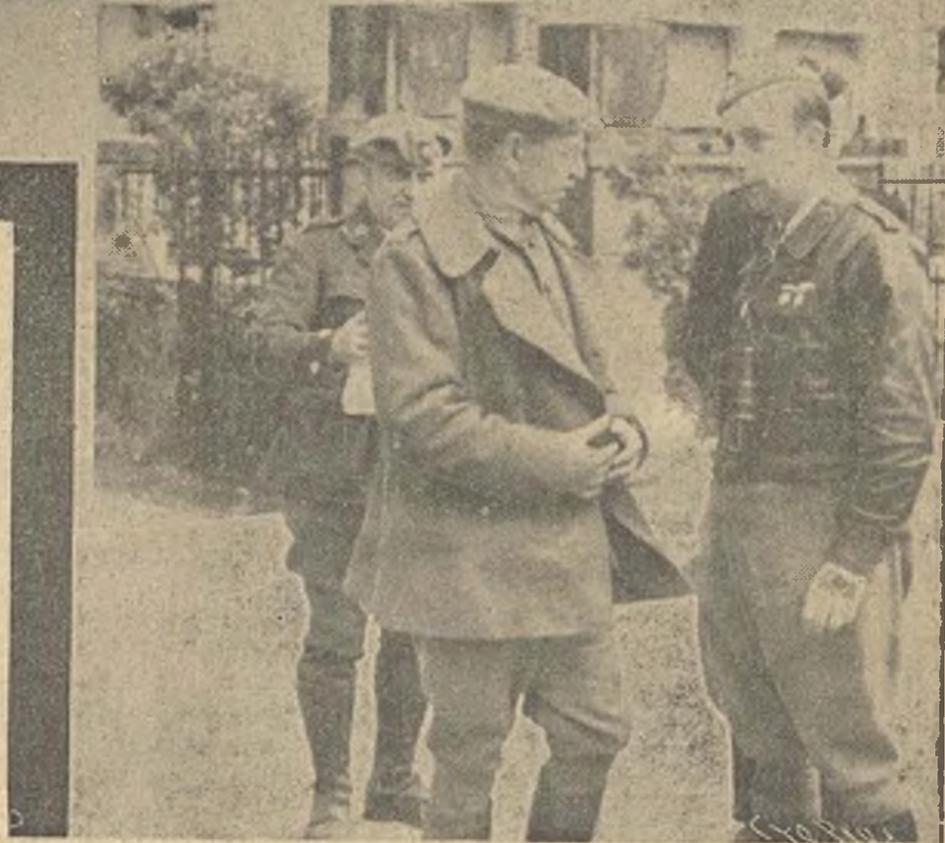
El más claro de todos los exponentes es el ambiente de las villas que toman nuestros soldados.

Apenas ha terminado ese momento de silencio solo interrumpido por los disparos, ese instante en el que todavía no se sabe si al volver una esquina volaremos del mundo, las mujeres que son mucho más valientes que los hombres, salen a la calle, brotan de todos los portales y comienzan por preguntar dónde está el que trae el pan.

La Intendencia se instala. Se escoge para ello una casa donde exista una tienda y antes de que llegue el camión, de que se ordene nada, ya está formada la cola de chiquilla y matronas todas con su capacho y enredadas en una conversación en la que desfilan los episodios de la lucha como una cosa muy lejana, que ha terminado para siempre y de la que están afortunadamente libres.

Ellas, tristemente acostumbradas a las colas, permanecen sin impaciencia, seguras ya de que nada habrá que pueda quitarles lo que han de darles. Y se mueven lentamente hacia la puerta que entregan el pan, las judías, el aceite...

Este espectáculo del hambre en los pueblos, es uno de los más tristes que contemplamos. Pero al llegar España, las caras sonríen y los estómagos se apaciguan, porque saben que vuelve la normalidad en la calle y en el hogar.



(1) Fuerzas de nuestro Ejército descansan esperando la orden de partida. (2) Los habitantes de Bermeo después de varios días sin comer, forman cola para recibir alimentos de nuestras tropas. (3) Guernica. El coronel Vigón, jefe de Estado Mayor del frente de Vizcaya dando órdenes.

Por la carretera de Canale que va a la punta extrema del golfo de Vizcaya, se han movido estos días las orugas. Es una carretera muy estrecha, que se ha construido en un mordisco de la cornisa entre el monte y la ría. Ya está en retaguardia.

Los cañones del quince detrás y los más ligeros delante, hicieron fuego en las primeras horas de la toma del Sollube. Las orugas reptaron para subirlos y frenaron para bajarles.

Son los RENQUEADORES elementos técnicos de una columna legionaria y cumplieron su misión con eficacia sin igual.

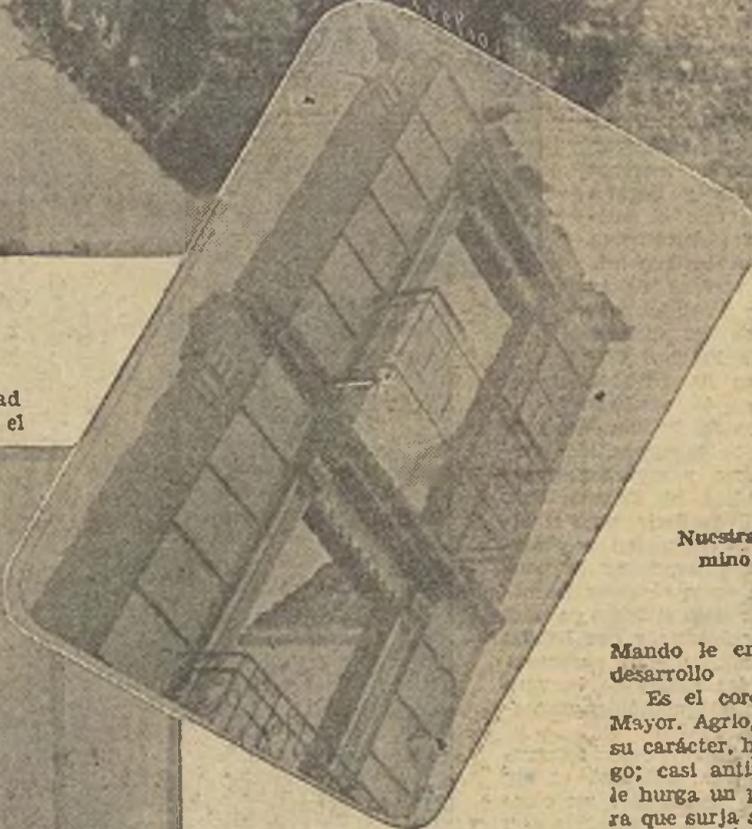
A estos soldados que están en la vanguardia, pero que por la índole de su trabajo no forman parte de los que "lucen", nunca se les había dicho nada. Por eso hemos querido nosotros hoy destacarles un poquito. Están tan cerca de las balas como cualquier otro, pero se apagan sus ruidos al comenzar la "graseca" y solo les encienden cuando los mandos consideran necesario que las piezas varíen de lugar.

Entonces van, se juegan la vida y esperan otro momento en el que dar todo para servir a la Patria.

Justo es reflejar su esfuerzo y hasta la clara sonrisa con la que cumplen con su deber.

Y ESTE HOMBRE...

Y este hombre cuyo nombre no me atrevo a dar, es el que en la oscuridad de su despacho o a la luz del campo, planea y estudia las acciones que el



Nuestra Artillería en el frente del mino.

Mando le entrega para el desarrollo

Es el coronel de Estado Mayor, Agrilo, al parecer, de su carácter, hosco desde luego; casi antipático si no se le hurga un poco dentro para que surja su bondad. Tiene esa actitud que ha sido tema explotado en las novelas las rosas al describir la figura de un viejo soldado en

paz de todos los heroísmos, capaz de los mayores desprendimientos, pero envuelto en una manía de que no se lo agradezcan, que hace que todos le conozcan mejor de lo que supone.

En el Ejército del Norte, es una capacidad por todos reconocida.

Desde Villarreal al Sollube, los planes fueron por él estudiados y es de tal naturaleza que para fotografiarle, hubo que buscar su propia espalda.

Y ahora en serio. Las operaciones realizadas en las últimas horas fueron de una precisión, tan justas y claramente desarrolladas, que solo con un mando como el del Ejército del Norte, puede concebirse que estamos en tan breve plazo en el lugar donde estamos y las bocas de nuestros cañones apunten al corazón de Bilbao.

La ría que se estrella en sus muros, será el punto vital donde la herida de la capital se desangrará hasta rendirnosla.

El que conozca estos lugares, el que sepa lo que son estas montañas, el que haya recorrido esta parte de Vizcaya podrá darse cuenta de la magna obra realizada en poco tiempo por este Ejército de España, que ofreciendo su vida a la Patria ha saltado las montañas más inaccesibles para llegar a donde ha llegado.

De Villarreal al Sollube ha ido lanzado nuestro Ejército, que guiado por el Alto Mando del Norte ha sabido mostrar al mundo entero la enorme valía de este soldado de España que con fe en Dios y amor a la Patria es capaz de los actos más heroicos para salvar a la Patria de las manos malditas de la masonería, del marxismo y del separatismo.

Y esto no se puede conseguir más que con soldados que como los del Ejército de España salen al campo de batalla con la vida puesta en Dios y en la Patria, dirigidas por grandes talentos militares, conducidas por jefes valerosos y con el acicate propio de aquel que sabe debe luchar contra un enemigo sin Dios y sin Patria y cuyos elementos más principales están vendidos al oro comunista.

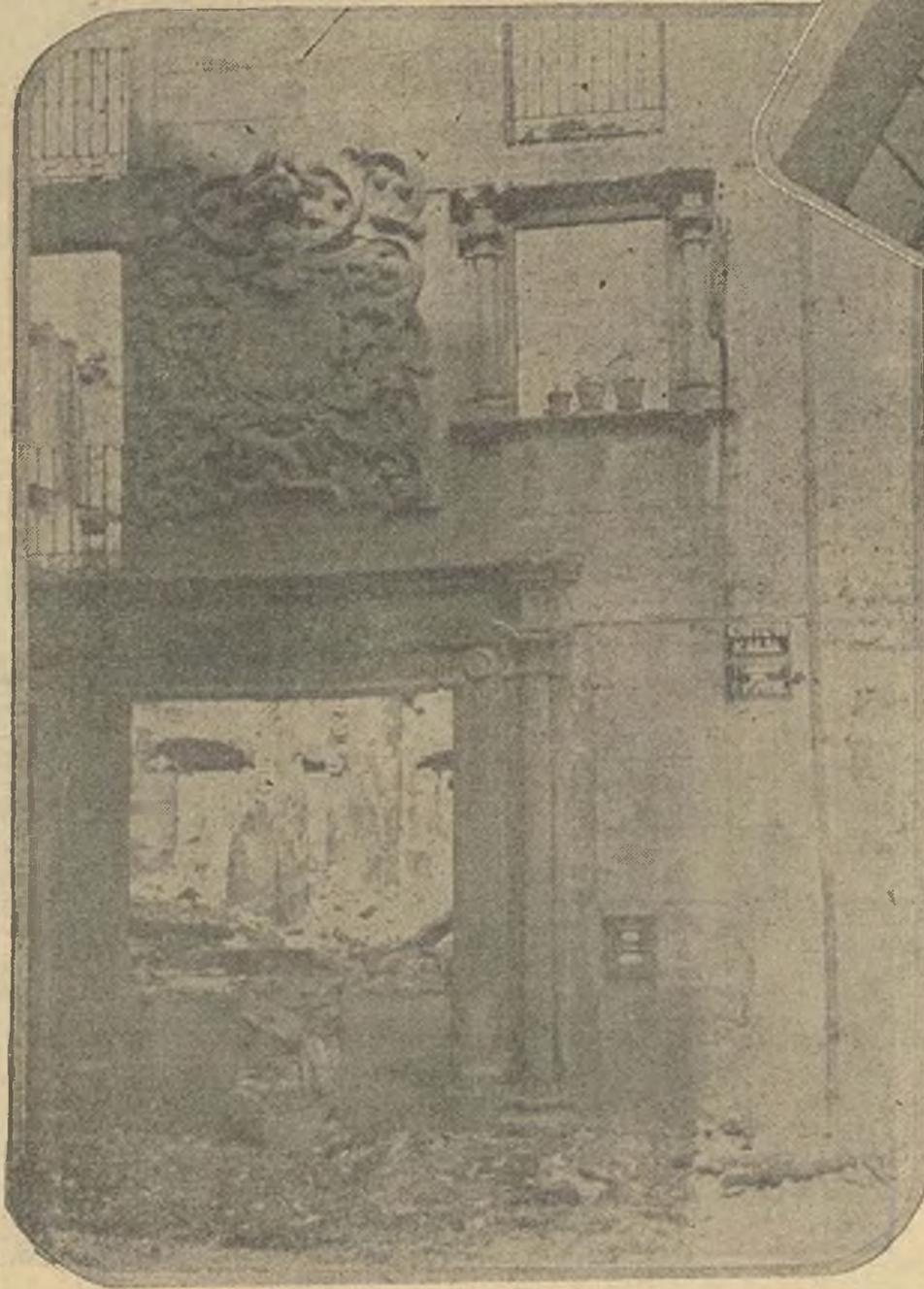
Por España y para España.
¡Arriba España!

Juan de GADES

(FOTOS CAMPUA).

ARCHIVOS ESTATALES

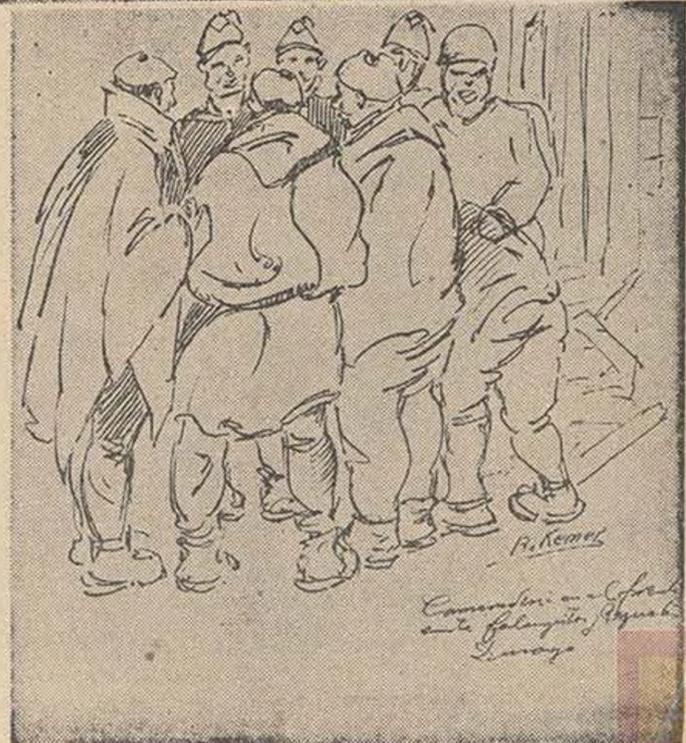
Restos de una casa solariega, después del infernal bombardeo de los rojos



Apuntes de la guerra



**Frente
de
Vizcaya**



LA MUJER MAS VALIENTE DE

ESPAÑA

¡LA MUJER MAS VALIENTE DE ESPAÑA!



Francisca Aburuza, la mujer más valiente de España, según el Generalísimo Franco.

L Caudillo se inclinó ante ella cuando pasó por Villarreal. —¡Es usted la mujer más valiente de España! Fué él quien lo dijo. Y cabría añadir más. La mujer más valiente de España es también más valiente que muchos hombres. Cuando en Villarreal no quedaba ningún hombre civil —y por supuesto, ninguna otra mujer— durante los días del asedio, allí estaba esta mujercica, recibiendo a los soldados heridos, curando a los que podía y ayudando a rezar a los moribundos.

—Hasta diecinueve murieron un día en mis brazos —me dice ella.

¡Y qué poca cosa es físicamente esta Francisca Aburuza, que está hecha de madera de heroína! Hubiera vivido toda la vida en su oscuro oficio, ejercitando virtudes humildes, sin que nadie parara mientes en ella y un día cualquiera se hubiera marchado de la vida sin ruido. De no haber llegado esta gran ocasión, nadie hubiera sabido que el ama del señor cura, tan suspirante y tan rezadora, tenía el espíritu templado como los grandes santos y los grandes capitanes.

—¿Miedo? Se me ha olvidado ya lo que es el miedo.

No es que no le tuviera. Tenía que tenerle porque era una mujercilla sin fuerzas. Pero su generosidad era más grande que su debilidad y llegó a perder el miedo a la muerte a fuerza de luchar con ella todos los días disputándole víctimas. Todos los días entraba la Muerte en su casa, la rondaba a todas horas y se llevaba muchos llenos de vida. Pero con la débil mujer no se atrevía. Era ella misma la que tenía miedo de aquella fortaleza insospechada.

—Vea usted todos esos hoyos que hay ahí abajo. A ver si puedo contarlos. Los hacían los obuses que pasaban silbando por encima de la casa. Mire todos los edificios destruidos alrededor.

Los estoy mirando. Todas las casas están destruidas. Solo está en pie la de Francisca. La tierra está removida en torno por las explosiones. A ella no le alcanzó ningún proyectil.

—Parece providencial —le digo a Francisca.

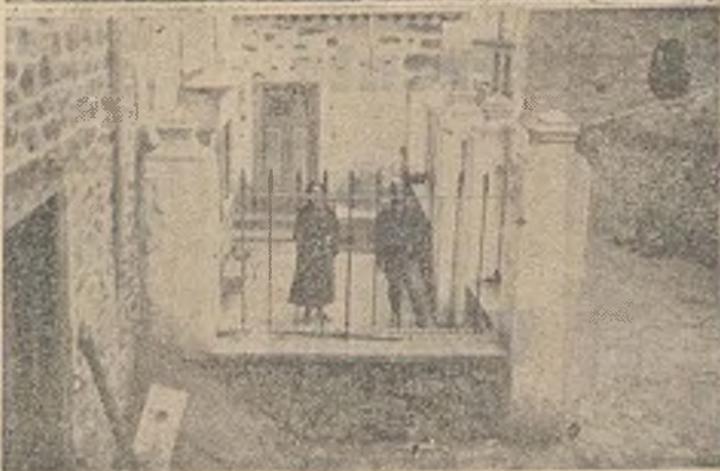
—Pues claro que lo es. No se pueden contar los obuses que en ocho meses han pasado por encima de esta casa, los que han explotado a pocos metros de ella, sin que nos hicieran el menor daño. Si



La heroína de Villarreal recibe el homenaje de los hombres y los niños del pueblo, por su valeroso comportamiento, como recibirá el de España cuando se entere del gesto sublime de esta mujer.



Francisca Aburuza explica sobre el terreno cómo fué la heroica defensa de Villarreal.



La heroína a la puerta de su casa.

no es por un milagro de Dios, eso no se puede explicar.

—¿Y usted no pensó nunca en huir cuando arreciaba el bombardeo?

—Nunca. ¿cómo quiere usted que hubiera abandonado a los pobres muchachos que tanto me necesitaban? Solo me tenían a mí cuando se estaban muriendo. Los silbidos de los obuses eran escalofriantes, pero acabé por no escucharlos, porque eran más fuertes los ayes de los heridos.

AGUIRRE ESTUVO ALLI EN EL CABALLO BLANCO

Desde primeros de agosto hasta hace pocos días estuvo el frente rojo a las puertas de Villarreal. Fue el día 4 el primer ataque al pueblo y luego ya no cesaron. Se marcharon primero las mujeres y los niños hacia Vitoria huyendo de los bombardeos. No había vida en el pueblo, no se podía trabajar; también los hombres se fueron marchando. Eran ya muy pocos los que quedaban cuando el día 20 de noviembre se presentó Aguirre ante Villarreal en su caballo blanco.

—¿Pero es verdad eso del caballo?

—Sí que lo es. Yo no sabía que los periódicos habían hablado de ello. Pero cuando lo oí he recordado una cosa que aquel día dijo aquí un soldadito. Estuvo observando el combate desde ahí arriba y vino diciendo: "¿Quién será un señor que durante el combate se ha acercado varias veces a la caseta de Descarga?". La caseta de Descarga era un puesto avanzado del frente rojo, a unos 1.700 metros del pueblo. El señor aquel del caballo blanco, según el soldado explicaba, se había acercado varias veces a la caseta vocando y haciendo grandes gestos y había retrocedido después hacia Ollerías. Nosotros no le hicimos mucho caso aquel día, pero luego hemos deducido que el "señor" aquel que veía el soldado era Aguirre. Después ha estado aquí un sacerdote, que se escapó de Bilbao y nos ha dicho que lo del caballo blanco de Aguirre era cierto. Allí sabía todo el mundo que se lo tenían preparado para entrar vencedor en Vitoria. Venían con él dos centenares de coches llenos de invitados al desfile marcial.

—Mucha confianza tenían.

—Era como para tenerla. Se calcula que los que nos atacaron el día 20 de noviembre eran unos 20.000. En el pueblo no había entre soldados, falangistas y requetés más de 600 hombres. Y lo peor no era eso, sino que apenas teníamos municiones. El pueblo quedó completamente cercado y cuando nos llegaban de Vitoria unos camiones de munición, los quemaron con bombas desde esas casas que hay en la parte baja del pueblo a la orilla de la carretera. Nos tenían ya a unos doscientos metros. Cuando cesaban de disparar nos insultaban con palabras atroces. A todo esto la casa se nos iba llenando de heridos.

—¿Estaba aquí el hospital?

—Precisamente hospital...

CON CAFE NEGRO SE SOSTUVO TODO EL MES

Esta casa respetada por los obuses en que Francisca servía de ama de llaves, es del coadjutor de la parroquia don Agustín Cortazar. Desde el primer momento la ofreció el señor Cortazar a las tropas y se instaló en ella el botiquín. Le atendía Francisca como Dios le daba a entender. Cada 15 días llegaba un médico de Vitoria y le daba instrucciones para hacer las primeras curas leves. Después los heridos marchaban evacuados hacia Vitoria. Pero el día primero de diciembre la carretera quedó cortada y la evacuación se hizo imposible.

—La casa se me llenó de heridos — cuenta Francisca—. Es bastante grande. Traje todas las camas que pude encontrar y las fui poniendo por todas partes. Eran muchas, pero no bastaban. De todas las habitaciones salían gritos de dolor. Se me partía el alma por no poder



La heroína, conversando con el párroco de Villarreal.

Francisca indica a nuestro compañero Juan de Hernani el lugar donde recogió a varios heridos.



Esos cristales rotos por las explosiones, son los únicos desperfectos que sufrió la casa, milagrosamente respetada por la metralla.

atender a la vez a todos los que me necesitaban. Algunos se morían sin remedio.

—¿Muriéron muchos?

—A cuarenta he ayudado a bien morir. ¡Pobres muchachos! ¡Qué valientemente morían! Los nombres de Dios y de España eran los últimos que pronunciaban sus labios. ¡Y el mío también junto con el de su madre!

—¿Le harían a usted muchos encargos al morir?

—Muchos, muchos. Pero algunos ni eso podían hacer ya. Llegaban medio muertos. Recuerdo de uno que me decía:—¡Qué gran alivio me da usted, buena mujer! Me parece usted mi madre. ¡Si yo pudiera explicarle dónde vive mi madre! No puedo, no puedo ya.— El notaba que yo rezaba y que estaba llorando: —No lllore usted, señora, no llora, me da-



**EL PARALITO
NO DIO UN PASO
Y COGIO UN
FUSIL**

Los ocho primeros días de diciembre fueron terribles en Villarreal. El enemigo logró desbordar el pueblo y llevar su artillería hasta los cruces de Ubidea y Ochandiano, en marzo, hacia Vitoria. Desde allí podía filtrar sus piezas contra la misma

capital; pero Villarreal no se rindió y tuvo que volverlas contra ella. El bombardeo fué incesante y desesperado. Era entonces cuando el ridículo Napoleoncete jekide, se acercaba una y otra vez en su caballo blanco a los asaltantes arengándoles para que acabaran pronto con aquel puñado de valientes, que le estaban tropeando el desfile. Pero aquel puñado de valientes que ni siquiera habían tenido tiempo de hacer trincheras en la parte baja del pueblo se defendían como leones detrás de las tapias de los huertos y del márgen de la carretera. Los gudaristas y los mineros asturianos de Aguirre estaban casi en las calles de la matirizada villa alavesa. Toda la población civil había huído por no caer en sus manos. No se podía pedir a todos que tuvieran el heroísmo de aquella mujer extraordinaria que quiso quedarse por no abandonar sus heridos. Los que huyeron a Vitoria dieron a conocer allí el nombre de Francisca Aburuza. No se habla de aquellos días más que de ella.

Yo se lo recuerdo y ella desvía la conversación.

—Héroes eran todos aquí. No tenía importancia el serlo. Me acuerdo por ejemplo, de aquel requeté paratático. Le teníamos desde muchos días antes sin poder moverse. Sufrió un lumbago agudísimo, que hallado atrapado en el monte y se estaba pasando la enfermedad sentado en una silla, porque dejó su cama para los heridos. No podía salir a luchar pasaba mal rato oyendo el tirotearse. Se revolvió dentro del sillón, se tuculaba, daba vivas a España, hasta que en un momento en que el bombardeo se hizo intensísimo, pegó un salto y le vimos salir corriendo. Nos quedamos asustados. Tardó un cuarto de hora en volver.

Había estado luchando sin acordarse de su enfermedad, pero volvió extenuado lleno de dolores y se dejó caer en la silla llorando de rabia.

**TIENE HOY EN ESPAÑA
MUCHOS HIJOS**

Francisca Aburuza, santa mujer que no conoció varón, tiene hoy muchos hijos en España. Todos los que salvó de la muerte con peligro de su vida. Se lo decía emocionado el teniente coronel Alonso Vega. Se decían los mismos muchachos atendidos por ella con solicitud y sin miedo, entre el fragor del combate.

—Tiene usted un valor extraordinario —le decía uno que se moría—. ¡Ni mi madre sería capaz!



Aquí cayó muerto de un balazo en la batalla aquel falangista tan valiente.

—Ella, yo muero contento. Siga usted rezando, que ya la oigo. ¡Y no se vaya de mi lado hasta que acabe de morirme.

—Ya ve usted —añade Francisca—. Eran ellos los que se morían y aun les sobraban ánimos para consolarme a mí. ¡Qué muchachos más buenos y más valientes!

—Es un milagro que no haya caído usted enferma con tantas emociones.

—Nunca me faltó la gracia de Dios. Con pequeños sorbos de café negro me estuve sosteniendo durante un mes. Los pocos alimentos de que disponía tenía que guardarlos para los heridos. Algo había en esta casa, que es la del señor cura. Por otras partes podía adquirir de vez en cuando un poco de leche, huevos, purés. Un soldadito de San Marcial, que me ayudaba con muy buena voluntad, iba algunas veces a la cocina que ellos tenían y me traía una botellita de aceite, un bote de café. De lo indispensable para los heridos y los enfermos nunca nos faltó nada gracias a Dios.



Uno de los muchos puentes volados por los rojos en la región de Villarreal.



El doctor Oliver, resolviendo una consulta.

TODAVIA HAY OLASES

Permitásemme que es-

García Ortiz, jefe local, fueron los organizadores del cursillo en San Sebastián. La parte teórica la explican los profesores de Madrid, doctores García Reyes y García Ortiz. La parte práctica está a cargo de los doctores La Puerta, Calderón, Soraluze, Suárez y Matamoros. Idearon crear, como antes hicieron otros compañeros, un cursillo de Damas enfermeras, y dentro cada uno de su especialidad, o del reparto que previamente hubiesen hecho, van trasladando a nuestros cerebros gotas de esa ciencia que, debidamente dosificada, servirá para que al acercarnos al bicho de dolor no sintamos el espanto ni la mojigatería de mujeres ñoñas, sino que sirvamos para remediar el dolor con manos cariñosas y serenas. Es esta una labor muy compatible con nuestra femineidad, siempre bien dispuesta a mitigar penas. ¿No habéis observado, al contemplar los ojos de una mujer que llora, asomarse con relativa facilidad una sonrisa?

UNA VERDADERA CAMARADERIA

Si en estas tardes alegres, de sol brillante y despejado, acerbáis a pasar por la Alameda, en el momento de la salida, veréis cerca de 300 señoritas que, como una ola de alegría, se extenderá más tarde por clínicas y hospitales y quizá en los mismos frentes, si el deber lo requiere, porque nadie eludirá el peligro para prodigar consuelo, que la mujer de nuestra época tiene una misión de sacerdotisa para evitar el desmayo que es a la misma Madre, nuestra Patria, la que hombres y mujeres defendemos.

Esa misma Patria nos reúne en las aulas y hasta nos enardece, y allí como hermanas que parece nos conocíamos de siempre, aspiramos a conseguir esa Cruz blanca, ya que no Roja, de "Damas enfermeras", uniforme de femineidad que iguala a la aristócrata y a la obrera, que todas somos Mujeres de la Nueva España, que se me antoja, pese a sus numerosos enemigos, volverá a ser el asombro de la civilización y quién sabe si la base de una nueva Europa...

Ya ni las niñas genten como niñas, se emancipan como flores en una primavera prematura... Ved a Carmencita Franco Polo, hija única del glorioso Generalísimo... No piensa ni en sus juegos naturales, y consigue que, como al Salvador, los demás niños se le acerquen, y los recibe con todo el amor de una madrecita... ¿Quién duda que Carmencita hace también Patria del nuevo estilo, de la Nueva España?

Pronto San Sebastián se quedará triste, porque



Las bellas enfermeras, en la torraza del Hospital.

de sus preciosas calles habrán desaparecido las Mujeres de España, sólo veréis, salvo raras excepciones, a las frívolas y calculistas, porque a las otras, las que trabajan en talleres, comedores y oficinas por su Patria, las veréis raras veces. Ellas trabajan por los que sufren y no quieren hacer sufrir a jóvenes que esperan a que llamen sus quintas y no se apresuran a luchar como voluntarios...

tablezca un pequeño distinguo: la España de hoy ha clasificado y por eso nuestra sin igual lucha, distinguiéndonos únicamente por nuestras prendas de vestir. Con la España liberada (y salvo los nuestros que no pueden escapar de la zona roja), están los verdaderos hombres y las verdaderas mujeres. Con los otros, están las fieras, los salteadores, los asesinos, la mujer de género ambiguo, pongo por caso, la temeraria Pepita, que vestía mitad de gentil hombre (uniforme que había robado) y mitad de mujer; esta original figura obligaba a bailar con ella a quien se le antojaba y mataba de un pistoletazo a quien incurría en su enojo, luchando como cualquier hombre al frente de los suyos, en los reductos y trincheras. Mi tío Antonio, hoy alférez-médico en un hospital de sangre, conserva la llave de gentil hombre que la quitó para que no sirviera de bafa, cuando tuvo el disgusto de conocerla siendo prisionero de los rojos en Ciempozuelos, en cuyo manicomio trabajaba ayudando al único médico superviviente, el Hermano Francisco, de la Orden de San Juan de Dios.

Nosotras no queremos, ni sabemos, ni entendemos que es nuestra misión hacer tales cosas, pero nosotras nos enorgullecemos de auxiliar la incomparable obra de las Hermanitas de la Caridad y desde luego, no somos capaces de declarar huelgas en los hospitales, abandonando a los enfermos, a los que sólo curamos por amor a Dios y a nuestra Patria.

A GUIZA DE EPILOGO

El cursillo se ha formado con una matrícula de unas 300 señoritas y algunas señoras. Tenemos clases orales y prácticas y nos dividimos en diferentes grupos para acudir a las clínicas y hospitales. En ellos nuestros profesores nos dan las explicaciones precisas para inculcarnos esa ciencia práctica tan necesaria para que pueda ser intensa la labor de los médicos.

No podía estar en mi ánimo, al hacer este reportaje entrevistar a tanto profesor y a tanta señorita: no habría espacio. He querido resaltar lo que influye en los corazones de los liberados el deseo de aportar un granito de arena para salvar a nuestra España. Pensando en Ella y en sus Mártires, nos forjaremos con el temple que requieren tener hoy las Mujeres de la nueva España.

Rosario Sáez Jackson.



Hospital de sangre.



Enfermeras y convalecientes.



Volviendo la cara al fotografo



La vida vuelve

PEÑAS ARRIBA, DE TRIUNFO EN LA ESPAÑA



La Falange a punta de la cumbre del Sollube



El Sollube, conquistado para España.

La Falange gallega, en la cumbre del Sollube.



Carros de asalto saliendo de Bermeo para la toma del Sollube.

Falangistas y requetés, saliendo para la conquista del Urumendi.

LOS que pudimos verlo no olvidaremos fácilmente el espectáculo que presentaba el Sollube aquella mañana.

Volaban varios trimotores sobre las ingente cresterías dejando caer sobre ellas su carga de explosivos. En unos instantes quedó trazado el perfil del gigantesco macizo por la línea de las explosiones. Se abrían a flor de tierra cráteres violentos de los que accendían espesas columnas de humo. En muy poco tiempo quedó envuelto en densa humareda todo el macizo. Las inmensas pinaradas que subían por las vertientes hasta coronar las crestas, habían sido incendiadas y el fuego, prendiendo en la resina de los pinos las invadía de forma que ya no había quien pudiera atajarle.

Se veía a los milicianos huir laderas arriba alocadamente. Tenían em-

TRIUNFO, VAN LOS EJERCITOS DE IMPERIAL

gallega toma de bayoneta



plazadas allí sus mejores defensas y habían abierto dos o tres líneas de trincheras durante los últimos días. No les sirvieron de nada ante la invasión de las oleadas de fuego, que les perseguían desde abajo mientras les caían del cielo una lluvia de metralla.

Sobre el incendio, los cazas, ágiles como flechas, subían en giros alreos hasta perderse en las nubes o descendían hasta rozar las estribaciones del monte por las que escapaban los milicianos rojos. Tanto descendían a veces, que se ponían a tiro de fusil de los que huían. Los fugitivos hacían



un alto en su carrera desesperada, intentando librarse del avión con un violento tiroteo, pero así quedaban secados por las ráfagas de las ametralladoras del aire.

Las vertientes quedaban cubiertas de cadáveres y los milicianos que lograban huir del cerco ardiente corrían despavoridos hasta meterse muchos en nuestras mismas líneas.

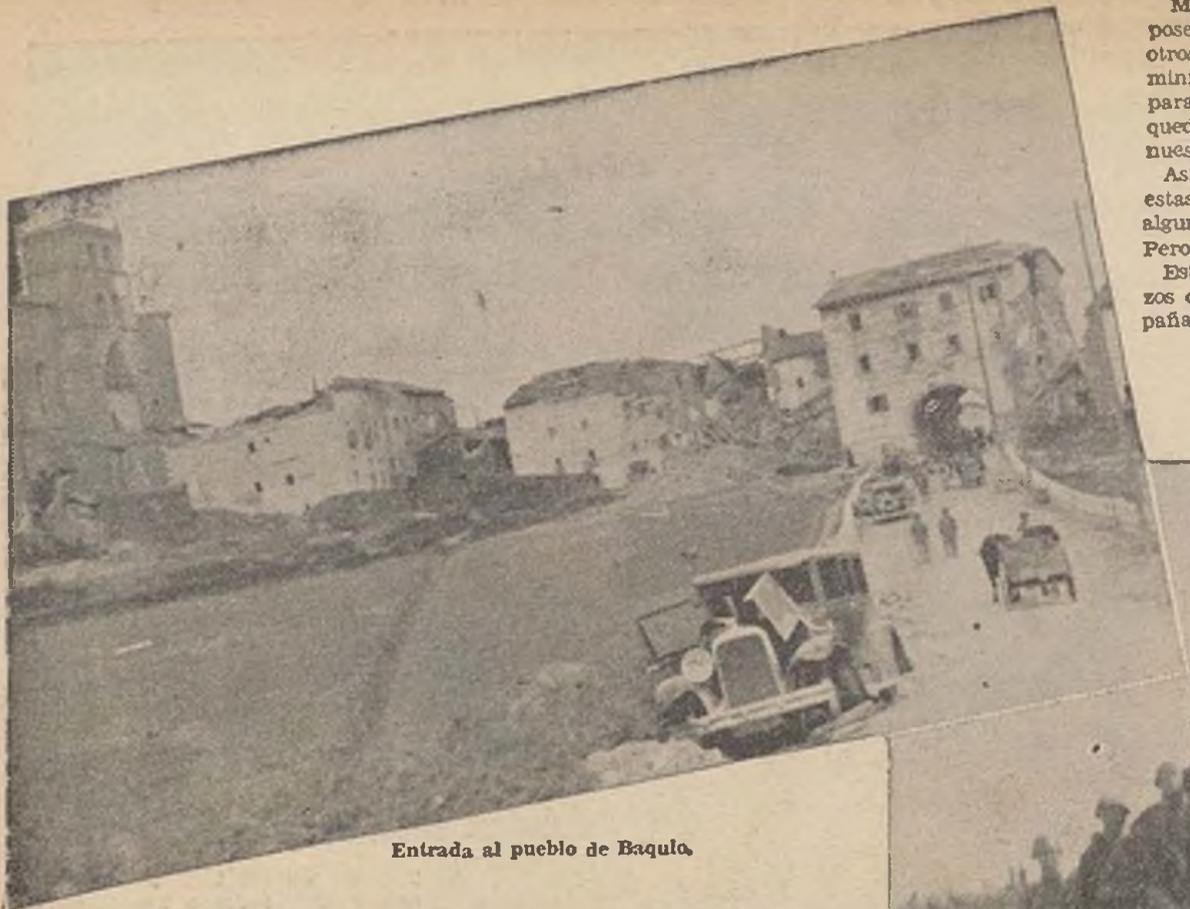
En una de las vertientes no alcanzada todavía por el fuego habían abierto los rojos una importante línea de trincheras. La subida es difícil por lo escarpada. La defendía el batallón de "gudaris" de San Andrés, compuesto por mocetones vascos, en los que los

1.--El héroe del Norte, general Mola, visitando el frente de Bermeo, con su Estado Mayor.

2.--La artillería española, preparando el avance hacia el Sollube.

3.--Jefes y oficiales de la segunda Bandera de Navarra y la cuarta gallega, en la cumbre de Urumendi.

4.--Carros de asalto en marcha para el frente.



Entrada al pueblo de Baquía.

separatistas tenían puestas grandes esperanzas. Pero allí estaba para dar el pecho contra ellos la Falange Española de La Coruña, que en su puesto de relieve en las grandes ocasiones su valor y sus aptitudes excepcionales para escalar las montañas frente a las bocas de los fusiles. Reptando por entre las breñas y buscando el cobijo de peñascos y matorrales los bravos gallegos ascendieron hasta el límite mismo de las líneas rojas. Les pesaban los fusiles y los iban tirando.

Hicieron la ascensión con tanta cautela y con tal habilidad que las tropas rojas que guardaban las posiciones no se dieron cuenta del peligro que las amenazaba hasta que ya lo tenían encima. No tuvieron tiempo para reaccionar cuando vieron aparecer surgiendo del suelo a los primeros falangistas.

Sonó un grito de ¡Arriba España! y nuestros valientes muchachos, con el machete en ristre y la bomba explosiva dispuesta para rasgar el aire irrumpieron en las trincheras entre entánimes vivas a España y al Caudillo. Sorprendidos los rojos, dominados por un pánico repentino ante la audaz acometida, emprendieron una huida desenfrenada. No todos pudieron escapar a la valiente acometida de los falangistas gallegos que seguían persiguiéndoles después de haberlos hecho desalojar sus posiciones.

La mayor parte de ellos cayeron en la huida para no levantarse más y allí arriba quedó dominadora, para siempre ya, la bandera de España, izada por los bravos galleguitos de la Falange de La Coruña.

La hazaña de los falangistas gallegos fué la digna coronación de la jornada triunfal.

La noche se echaba encima. Convertidos los pinares en una inmensa hoguera, hubo que esperar a que la intensidad del fuego decreciese para que no hiciese imposible el avance de nuestras fuerzas. En la espera transcurrió la noche dedicada por los soldados a sofocar el fuego.

Al amanecer nuestra infantería se puso en marcha y tras vencer la agónica resistencia marxista, coronó los últimos picachos de este vasto macizo, que partiendo de las inmediaciones de Guernica avanza hacia el mar en prolongado promontorio.

Así quedó en nuestro poder esta montaña altiva, formidable muralla que nos cerraba el paso hacia Bilbao. Dos días llevaba ardiendo. Flotando en el aire como una espesa nube, el humo azulado se extendía hasta la capital vizcaína, desde donde lo veían, a la caída de la tarde, como un mal presagio.



1.-Conquista del Trucunde. Momento de coronar la cima. 2.-Baterías españolas protegiendo el avance de nuestro Ejército. 3.-Requetés y falangistas con la bandera española.

PIDA UN

DOMECCO



DECIR DOMECCO
 es decir CALIDAD

DEL TRUN ROJO



La mujer y las hijas de Manuel Blanco charlan con nuestro compañero Juan de Hernani



La mujer de Manuel Blanco en el patio de su casa del barrio obrero. Irónicamente echando de comer a las gallinas

COMPRE esta navaja el día que me quitaron la pistola. Para algo me servirá, le dije al tendero que me la vendió. El, que me conoce de sobra, se sonreía, como quien está de vuelta, mientras me la envolvía en un papel muy fino, con la marca del establecimiento.

No, no me la envuelva—le dije yo—. ¡Fuera estorbos! Mejor sería si pudiera llevarla siempre abierta en el bolsillo.

Este hombre que me habla así, es un riojano de planta, con una sangre de muchos grados. Dice cosas recias, que en su boca no son desparates, porque las dice con naturalidad. Con la misma naturalidad con que es rojo el vino de su tierra. Y van ya dos alusiones, en pocas líneas, al vino de la Rioja. Sépase, para que las cosas queden claras, que Manuel Blanco—ese es el hombre—no bebe vino.

—Mire usted la navaja—me dice—. No es muy grande. Para matar un cordero necesitaría una mayor.

—Sin embargo, sirve para matar a un hombre.

—De un solo golpe, no es fácil, no crea usted...

La hoja es excelente.

—Eso, sí. Mire usted lo que dice en las cachas: "Hoja de afetar".

—La cogió usted bien.

—Las hay mejores.

—¿De más precio?

—Más seguras: las de resorte. Pero esas estaban prohibidas. Más que las pistolas. Esta que yo compré tiene el peligro de que al dar el golpe, se cierre y le corte a uno. ¿Ve usted estas cicatrices que tengo en los dedos?

—Sí.

—¡Pues ahí tiene usted!

ERES TU EL UNICO QUE FALTABAS

El que haya leído el anterior diálogo creará que le voy a pre-

que salvó a un ser fusilado



sentar a un matón de oficio. Se equivoca. Claro está que la culpa la tengo yo, por no haber empezado por el principio. Mi obligación era haber dicho antes que Manuel Blanco es un honrado padre de familia. Vive en una casita muy limpia del barrio obrero irunés de "Elicho", con su poquito de huerta, su gallinero, sus conejeras... Su mujer y sus hijos le adoran. Sus vecinos le respetan.

—¡Buenas las pasaste, buenas Manuel! Pero, en fin, aquellos ya se fueron para siempre.

Porque Manuel Blanco fué uno de los hombres más perseguidos en Irún durante la época rencorosa del Frente Popular. Le perseguían porque le temían. Maquinista del Norte, entre sus compañeros ferroviarios, ganados, en su mayoría a las ideas rojas, se veía casi solo cuando arreciaba la lucha. Le llamaban "esquirol", porque no se dejaba engañar a todas horas por aquella literatura del odio y la destrucción, que a ellos les ha llevado a la miseria. Aquellos periodiquillos venenosos de los sábados arrojaban el nombre de Manuel Blanco a la furia de los asesinos. El no buscaba pelea, pero sí la había, sus puños eran los más contundentes. No todo el mundo podía tenerse en pie cuando él empezaba a ver rojo. Dejándole tiempo de defenderse, no era fácil acabar con él. Tuvieron muchas ocasiones de verlo y no acabaron de convencerse.

—El día dieciocho de julio por la noche—me dice Manuel—estuve oyendo la radio toda la noche y me enteré de lo que pasaba. A la mañana siguiente me presenté en el cuartel de la Guardia civil: "Aquí estoy yo para lo que sea necesario". Pero los guardias no sabían qué hacer, porque eran pocos y no tenían órdenes. En la calle había ya cuatrocientos carabineros bien armados, al lado de los asesinos. Tenía servicio aquel día y fui a tomarle. Llegué hasta Zumárraga. De regreso, en la estación de San Sebastián, dos compañeros me detuvieron de orden del Frente Popular. Tirado por los bancos me tuvieron hasta que el día 21 me trajeron en un auto al Ayuntamiento de Irún.

En el Ayuntamiento estaba el carabnero Ortega, el gobernador, dando órdenes a los milicianos para que salieran hacia Vera a cortar el paso a los "facciosos" de Moia.

A mí me conocía muy bien y en cuanto me vió les dijo a los que me traían:



(1) Manuel Blanco es un riojano de planta con la sangre de muchos grados.. (2) Los familiares y vecinos de Manuel Blanco recordando la trágica dominación roja en el pueblo



—A este punto subí a la Escuela de declamación.

Aquella sala estaba llena de detenidos, según me dijeron cuando íbamos subiendo la escalera. Al abrirse la puerta me quedé de un alre: Estaban allí todos mis amigos.

—Ya no parecía que tardabas demasiado—me dijeron ellos—. Eras tú el único que faltabas.

En cuanto cambiamos las primeras impresiones, mandé un recado a mi familia, que tendría que estar con cuidado, sin saber de mí desde hacía cuatro días. Vino a verme mi hijo mayor y le dije:

—Ya ves dónde se encuentra tu padre. De sobra sabes tú que no es por haber cometido ningún crimen. Siendo así, no tengas pena, ocurra lo que ocurra. Ahora consuía a tu madre y cuando llegue la hora, sigue el camino que te señala tu deber de católico y español.

Me dió un beso y se fué sin decir una palabra. Entendió bien lo que quería decirle. En cuanto pudo, se fué con los de Mola.

CELORRIO TENIA CARA DE RUSO

Hasta el día 27 tuvieron a los presos en el Ayuntamiento. De allí los llevaron a Guadalupe. Las torturas que allí sufrieron no las repito una vez más, porque ya se han referido en FOTOS.

A Manuel Blanco se le ha quedado grabado como una pesadilla el rostro del miliciano Celorrio.

—Era malísimo—nos dijo—. Hasta tenía la cara de ruso. Y de demonio, no sé; una cosa así. Observábamos todos los pasos que dábamos. Nos contrariaba en todo lo que podía. No nos dejaba salir al retrete hasta que veía que nos estábamos reventando. En realidad no había retrete. Nos sacaban al campo.

Como estábamos metidos en una mazmorra sin luz y sin ventilación, a veces fingíamos una necesidad que no sentíamos, por salir un momento a tomar el aire, pero a Celorrio no se la daba nadie.

—¿Creéis que estamos aquí los milicianos para servirlos de niñas, o qué?

Y puso una ley: Mientras no hubiera, por lo menos, cuatro que tuvieran que salir, no saldría ninguno. ¡El que no pudiera más, que se muriera!

La hacía cumplir a rajatabla. Alguna vez, por no ver sufrir a otros compañeros de prisión, se ofrecía eno cualquiera, sin mayor necesidad, para hacer el número cuatro. Pero con buen cuidado de que no se enterase Celorrio.

Cuando ya éramos los cuatro de reglamento, nos sacaban entre ocho milicianos, nos arrimaban a una pared y ellos se quedaban allí todo el tiempo apuntándonos con los fusiles.

Era un cuadro conmovedor.

LA APOYE LA PUNTA EN EL CUELLO Y APRETE FUERTE

—El día diecisiete de agosto—me cuenta Manuel Blanco—el "Carvera" bombardeó el fuerte de lo Ildo. De Madrugada vinieron a buscarnos a Ayestarán, a Alexandre y a mí.

Subimos al coche que nos esperaba a la



Manuel Blanco que, a pesar de su hazaña, es un buen padre de familia, cuenta a sus bellas vecinas detalles de su detención y la forma de salvarse de la muerte.

(Fotos Morenes)

salida. Delante iba un miliciano, a la derecha del chofer. Detrás del chofer, Ayestarán, luego Alexandre en el centro y a su derecha, yo. En el asiento de más atrás iban otros dos milicianos. Explico bien la forma en que íbamos en el coche, para que se entienda mejor lo que luego voy a decir.

Al pasar en el auto cerca del Ayuntamiento de Irún, vi que de la acera de Correos salía otro coche lleno de gente. Los llevaban a fusilar, no había duda. Tomó la cuesta de San Marcial abajo y detrás de él, nosotros. El otro corría más y le perdimos pronto de vista, pero ya notamos que iba camino del cementerio. También el nuestro subió en la misma dirección. Íbamos mediando la cuesta, cuando sentimos arriba una descarga.

—Ya han caído esos—dijo uno.

Los demás, ni contestaron. Me pareció que todos iban rezando. Yo también, pero saqué mi navaja. La había tenido bien guardada para aquel momento. En la oscuridad del coche, la abrí sin hacer ruido y la metí, abierta, en la manga.

Yo iba pensando:

"Estos me van a fusilar totalmente, sin yo haberles hecho nada. No quiero que me fusilen gratis. Voy a darles algún motivo".

Habíamos llegado a la puerta del cementerio:

—Hay que bajarse aquí—dijo uno de los milicianos del asiento de atrás.

Yo me incorporé rápidamente, como si fuera a salir, apoyé la punta de la navaja en el cuello del miliciano que tenía delante y apreté fuerte ¡hasta las cachas! Él pegó un grito:

—¡Que me matan!

Le aseté otro golpe y le mandé al infierno.

Había sido todo tan rápido, que los otros dos milicianos no acababan de darse cuenta de lo que pasaba. Me tiré del coche. Se tiró también el miliciano que estaba más próximo a la portezuela de aquel lado. Estaba tan azarado, que creo que no acertaba a disparar la pistola. Me dió con ella en la cabeza. Yo le mandé un viaje al vientre con la navaja, pero tropezó con una hebilla, con no sé qué, se cerró y me cortó la mano. Ya ha visto usted la cicatriz. A puñetazos, a patadas, derribé al miliciano contra la portezuela del coche, con lo que su compañero no podía salir.

Entonces, eché a correr. Se me cayó el reloj, lo recogí, me metí corriendo por unos matorrales... No veía donde pisaba. Sonaron arriba tiros. Caí rodando, rodando... creí que no acababa nunca de llegar a terreno firme y de pronto me encontré sentado en el suelo. Como en las películas. Miré alrededor y ví que estaba sentado en el fondo de la cantera de Susperregui. Había rodado lo menos ocho metros, pero no me había pasado nada.

El Bidasoa estaba allí enfrente. Me costó poco pasarlo a nado. En la otra orilla saqué el reloj a ver qué hora era. Las tres y diez. No podía ser, tenía que ser más tarde. Entonces recordé que el reloj se me había caído al escapar. Con el golpe se había parado. ¡Las tres y diez! Justamente la hora de mi libertad. No pienso mandar el reloj al relojero. Que se quede para siempre marcando esa hora.

Esta hora será para mí inolvidable, pues ella marca el momento de mi liberación y me recuerda otras horas de suplicio espantoso. Ya pasaron para no volver.

Hoy miro la vida con la alegría de los veinte años y recuerdo como una pesadilla que estuve a punto de morir y me salvó una navaja que no era muy grande...

Juan de HERNANDEZ

HEROINAS DE ESPAÑA

LAS MONJITAS DE DURANGO

CUENTAN SU ODISEA

ENTRE LOS ROJOS

HEROINAS DE ESPAÑA



Sor Pilar y Sor Prudencia, monjas del Hospital de Durango.

La fuente del pueblo.



EL PARQUE DE DURANGO



HE llegado a Durango pocas horas después de ser liberado por nuestras gloriosas fuerzas.

El zumbido ronco del cañón se oye sin cesar.

Gentes asustadas deambulan nerviosas por las calles sin dirección fija.— Pretendo detener a varias mujeres para recoger en toda su frescura informativa el dolor que sus almas habían en silencio y casi todas me contestan en lenguaje compasivo: ¡Señor, señor, por favor, no nos haga esperar!—Otro rato hablaremos si Dios quiere.

—¿Es que no tiene usted miedo?—me dice una.

—No señora, a todo se acostumbra uno.

—Sí, sí, todo lo que usted quiera, pero mire, mire dónde ha caído esa bomba.—Efectivamente me doy cuenta del peligro que corro.

Retírese de ahí, le van a matar—contestan otras.—Los rojos son muy malos y siguen todavía tirando.—Procuro calmarlas.

No se apuren ustedes, nuestras fuerzas han rebasado ya más de tres kilómetros. Durango y los malos, como bien les han calificado, no volverán jamás. Unas parecen atender mi consejo. Las más corren alocadamente en busca de refugio.

La verdad es que esta agitación que se mueve junto a mí llega a inquietarme algo, pero reacciono pronto y procuro calmar mis nervios sentándome en un banco del paseo de Ezcúrdia.

Mi vista va sabiendo y presenciando tranquilamente los horrores que la canalla roja cometió en las viviendas de Durango. A veces siento ahogo ante la contemplación de tantísima miseria.

DOS MONJITAS

Cuál no sería de pronto mi sorpresa y alegría a la vez al ver llegar en mi dirección dos monjitas de la Caridad.

Sus andares lentos y seguros me hacen temblar. ¿Qué veo? ¿No estaré loco? Avido, rapidísimo me adelanto hacia ellas.

¡Hermanas, Hermanas!

—Buenos días señor, me contestan.

—¿Cómo es posible? ¿Qué hacen ustedes aquí? ¿No temen la metralla?

Con una serenidad que me crispa los nervios me dicen: Ya ve usted señores, cumpliendo nuestra misión en el mundo, atendiendo a los enfermos.

Mi asombro rebasa todos los límites.

—¿Pero es que hay enfermos? ¿Existe por casualidad algún Hospital? Porque yo, Hermanas, no encuentro ni gente apenas por la calle y las casas, su mayor parte destruidas.

Nada sabemos me contestan.—En la casa donde nos hallábamos refugiadas nos habían dicho que habían llevado al Hospital unos heridos y allí nos dirigíamos para atenderles.

¡Benditas Hijas de la Caridad!

—¿Prestaban ustedes servicios en el Hospital de Durango?

—Sí, ya son muchos los años que llevamos aquí

¡Pobrecitas! No saben que el Hospital que hace días abandonaron está destrozado de tal manera que en algunos meses ha de tardar en rehabilitarse para su función humanitaria.

Amablemente las persuado de lo que ví en el Hospital y horrorizadas hacen la cruz.

Las acompaño gustosísimo con objeto de entrevistarlas para FOTOS.—Y entre el molesto e inquietante tableteo de las ametralladoras cuyo eco lejano todavía percibían nuestros oídos va deslizándose por el camino nuestra conversación.

EN EL HOSPITAL

Llegamos al Hospital. Ante su presencia desastrosa lloran amargamente las Hijas de la Caridad.

¡Qué vergüenza, Dios mío! Están locos. Son demonios.

Sor Pilar parece tranquilizarse y me dice: Ya ve usted, que mal les habremos ocasionado nosotras para destruir todas nuestras habitaciones, tirar al patio nuestras ropas y maletas, hasta esta capillita tan hermosa que teníamos. ¡Vea, vea cómo la han dejado!

Señor—añade Sor Prudencia— si a esos granujas...

les hemos hecho más que bien, si todo lo que teníamos era poco para ellos, para esos desgraciados hijos del demonio.

¡Qué mundo éste Dios mío! Exclaman a la vez tristes, muy tristes las dos monjitas.

—¿Y ahora qué van a hacer ustedes?

¡Tienen ya designado dónde han de ir?

—Sí señor, sí. En el Manicomio de Zaldivar están refugiadas las demás Hermanas. Allí iremos ahora a contar a la Madre Superiora lo que jamás creímos poder ver. Si usted gusta—me dicen amables— tenga la bondad de acercarse por allá y ampliaremos cuanto usted desee esta amena charla.

EN EL MANICOMIO DE ZALDIVAR

Al penetrar en este sagrado lugar sienten recelo y curiosidad. Me habían advertido que durante el mandato de los rojos se escaparon algunas locas y en sus frecuentes ataques habían molestado a ciertas personas.

Me recibieron mis entrevistadas en compañía de otras monjitas y la Madre Superiora, Sor Francisca Cendoya.

Al ver a las locas tan pacíficas me digo a mí mismo: ¡Qué tranquilos están los locos del Manicomio! ¿No seremos muchos de los que andamos sueltos más locos que éstos?

LA TOCA LES MOLESTABA

Una cosa que les molestaba mucho a los rojos—me dice la Madre Superiora—era la toca. No podían vernos con ella. ¿Las molestaban mucho, verdad? —Sí, muchísimo y al principio del movimiento pretendieron fusilarnos al igual que a otras muchas y buenísimas personas de orden.

Cuente, cuénteme algunas cosas de su calvario.

Un día estuvimos recogiditas en un cuarto y en silencio rezando a Dios porque nos confundiese los propósitos que abrigaban. Después de 16 horas sin comer nada abrieron la puerta bruscamente y nos dijeron: ¡Salgan ustedes de aquí! ¡A trabajar, a trabajar! ¡Fuera esa toca!

¿Se la quitaron?—Cá, no señor, me dicen al unísono.—Nosotras lo primero que les advertimos era que de estar allí había de ser como verdaderas Hermanas de la Caridad, pues de lo contrario, preferíamos nos dejaran salir del pueblo. Al oír esto dijeron unos cuantos que allí había: Conque salir del pueblo ¿eh? ¡Fuera esos hábitos o esta misma noche serán fusiladas!

Se fueron aquellos y nosotras seguimos prestando nuestros servicios con nuestro hábito.

DIEZ Y SIETE HORAS DE TRABAJO

Las Hermanas de la Caridad de Durango han trabajado 17 horas diarias durante estos últimos meses. Atenciones a los heridos, curas, lavado, inyecciones, coser, limpieza del Hospital y cuidado de las vacas. Con todo esto me dicen, no se hallaban satisfechos los rojos y aún nos maltrataban con frases de mal gusto. ¡Qué ganas teníamos de que llegaran ustedes!—me dicen— ¡Bien deseados han estado por todas nosotras! No veíamos los momentos cuando la Radio nos dió a conocer una noche que se aproximaban hacia Ochandiano.

—¿Han pasado muchos heridos por el Hospital de Durango?—Una enormidad, cientos de ellos.

—¿Cómo las veían a ustedes?—Había de todo, bueno y malo.

Generalmente—añade Sor Vicenta— no nos podían ver. Recuerdo de un asturiano que fué el primero en llegar. Al acercarnos acompañadas del médico dijo a éste: Doctor yo no quiero monjas a mi lado. A mi traigame mujeres.

¡Pobrecillo! —Nos compadecimos de él.

LA SALIDA DEL HOSPITAL

Días antes de entrar nuestras tropas en Durango abandonaron las Hermanas el Hospital por imposición de los dirigentes.

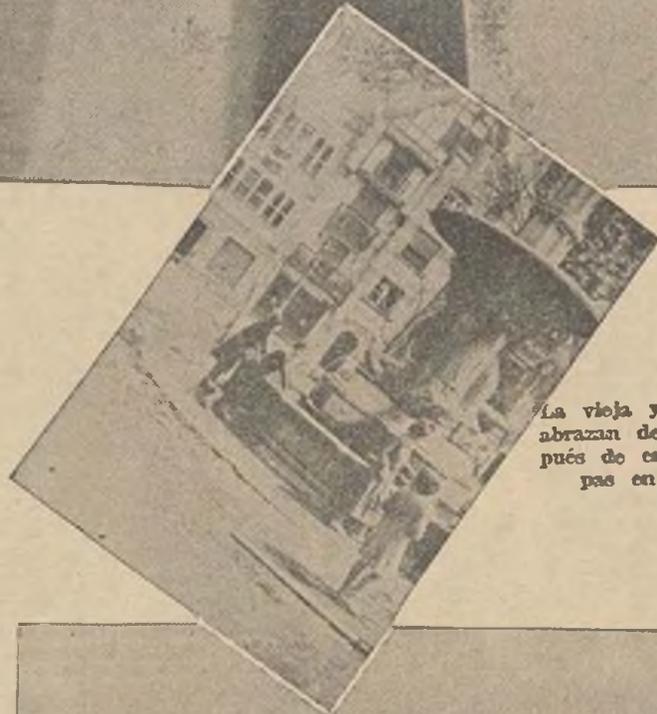
—¿Pretendían evacuarlas a Bilbao como a la población civil? —Pues claro. Ahora que nosotras con los rojos ni a la gloria señor,—me dice Sor Francisca.

Calle, calle por Dios—añaden las demás Hermanas.

—¿Podemos ahora hablar alto? —Sí muy alto, hasta rompernos los pulmones.

Pues ¡Viva el general Franco! ¡Viva el Ejército! ¡Viva España! gritan todas llenas del optimismo que les da nuestro próximo triunfo.

Alberto Zárate



La vieja y la joven se abrazan de alegría después de entrar las tropas en Durango.



Los vecinos retornan a sus hogares después de salir los rojos



Ruinas y desolación dejaron los rojos al abandonar el pueblo.

si te dicen que caí ...

Papeles de un falangista

Recopilados por Angel Alcazar de Velasco



De Igualada a la casa del bandido

(Continuación.)

Quando el cuñado de Flores curó, ocupó el cortijo con su familia valiéndose de que Arocha huía por la sierra, sin entregarse a la justicia que le reclamaba. Pero un día, bien repleta la canana, volvió a la finca cuando el pagador de los impuestos la cultivaba. Al huído se le disparó la escopeta matando al intruso labrador y como se le volviese a disparar una y otra vez, hasta quedarse sin municiones, los hijos de éste y las mulas y el perro y todo lo que alrededor vivía, murieron víctimas de la "justicia" criminal. Esta era la causa que le llevó a las andanzas de la sierra... total nada; justicia.

Yo volví a Málaga entre la admiración de todos los que admiraban mi empresa.

Cartas llegadas de Madrid me anunciaron el futuro de las Huestes Españolas. Ya no eran los cuatro locos de antes. Había crecido la organización en extremo y no lo dudé; desobedeciendo los consejos de los amigos, entre ellos Ramón Durán, a quien no olvidaré en la vida, volví a la capital de España.

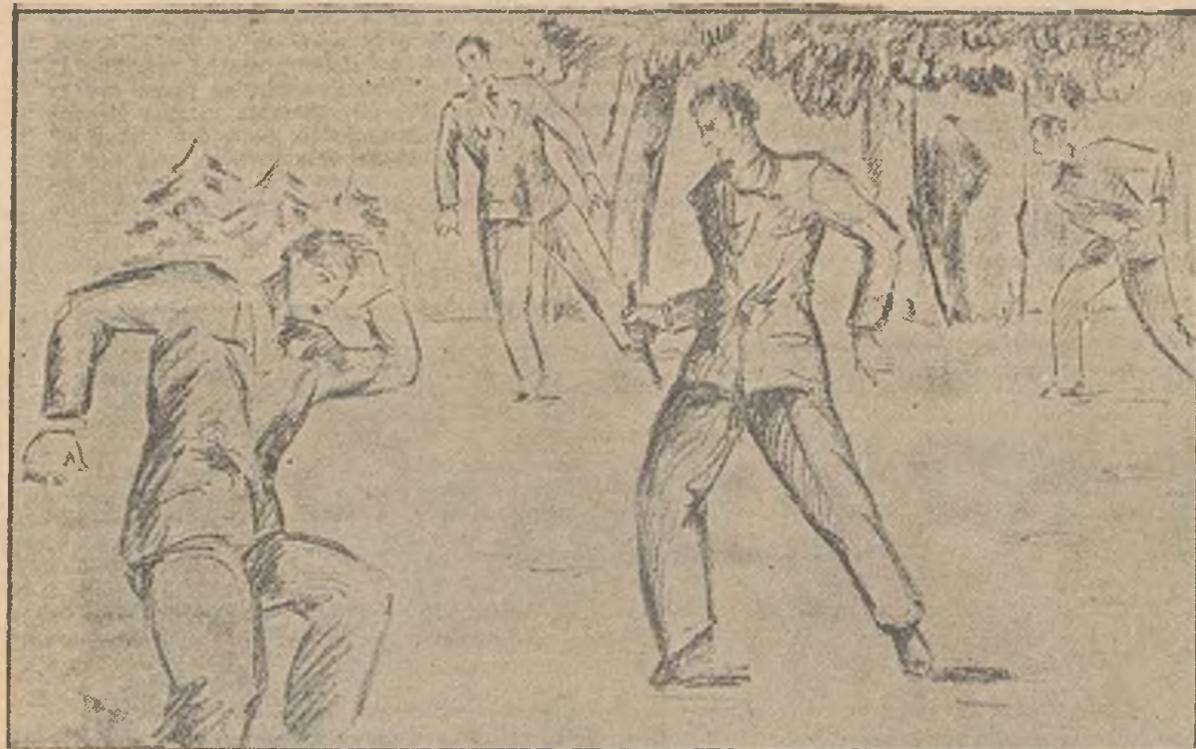
¡¡HIJO!!

No me esperaban en casa. Me pareció más prudente llegar de improviso, de esta forma no sería detenido en caso de que la policía siguiese aún interviniendo mi correspondencia.

Quando puse los pies en los andenes de la estación de Atocha, sentí la impresión supuesta por el lector, cuando por una causa la ausencia no ha sido corta y se vuelve aun sin liquidar con la justicia. Aumentó y aumentaba según me iba interforizando en la capilla camino de casa.

Al descender del viejo taxi que con el trote corriente en estos vehículos que por un kilómetro cobran cuarenta céntimos, la portera, después de reconocermé, exclamó:

—¡Señorito! Pero... Suba, suba —me dijo después de cerrar la puerta del ascensor y poner en marcha el cajón escalador.



Quando descendí de la cabina elevadora, la puerta de la casa estaba abierta, la portera había hecho funcionar el timbre y me esperaban, es decir, esperaban.

Una segunda exclamación por parte de la doméstica, volvió a hacerme creer que yo había sido el caudillo de la revolución de agosto. Después mi madre dando un grito me atenazaba, mientras mi padre se impacientaba esperando el turno para igualmente abrazarme, y después mi hermana, aunque ésta, un poco más tarde, daba principio a la interrumpida contienda que desde niños habíamos emprendido, porque según afirmaba —y no sin fundamento— en cuanto yo estaba en casa la desaparecían los bombones y los ahorros, coincidiendo con papá que aseguraba le fastaban los pitillos.

Durante los ocho primeros días estuve aborradísimo, primero por los míos y después por esos familiares lejanos, sobre la marcha de mi vida durante el tiempo que había faltado de la casa paterna.

El primer día contaba todo lo ocurrido ante la admiración de todos y con especialidad de Carmela, antigua y fiel doméstica a quien quiero como hermana. Pero el segundo ya me dolía la cabeza y los demás días huía como los grandes filósofos de los periodistas.

Les hice ver que sabía bordar y muchas veces la fantasía me colocó en alto sitio que, como buen embustero, me correspondía. La admiración cundía y no ya para admirarme a mí, sino para admirarse mis padres, orgullosos de tener un hijo capaz de vencer cualquier vicisitud en este difícil y pícaro mundo.

Quince días después y ya en contacto con todos mis camaradas, empezaba a luchar y la lucha continuó en la propaganda y con los manejos que la clandestinidad del movimiento exigía.

La entrada del 1.933 fué para mí bastante dolorosa.

Al final de la Castellana nos reuníamos unos cuantos camaradas para distribuirnos los distritos que habíamos de propagar.

En las vertientes de los jardines del Museo de Ciencias Naturales nos hallábamos reunidos unos cuantos, cuando un ruido tras unos árboles que adornan aquel jardín, nos hizo sospechar que nos estaban espionando y que éramos víctimas de un atentado o de una detención. Sobre el grupo se lanzó un camarada con la pistola en la mano, mientras yo con una navaja, daba un pinchazo a un señor que violentamente se levantaba. Me pareció al alzarse con aquel ímpetu, que lo hacía para agredirme. Pero ¡vive Dios! que el hombre se levantaba para correr avergonzado, porque bajo él había una joven de no muy buen parecido, que al ver a su amante por el suelo y quejándose, dió un grito algo tímido diciendo: "¡Por favor! por favor".

Como enseguida nos dimos cuenta de que no era lo que habíamos supuesto, le hicimos proposiciones al herido, haciéndole ver que aun perdiendo bastante sangre por el brazo; no era una estocada como parecía, sino un muy vulgar arañazo que él mismo, al levantarse, se había producido.

Aceptó el hombre —que según él— prestaba sus servicios en una tienda de ultramarinos, y después de vendarse el brazo, marchó al lado de la mujer, que dijo ser sirvienta y que a nosotros maldito lo que nos importaba.

Después del incidente dimos por terminada la actuación nocturna y quedamos en que el próximo día reanudáramos la labor tras el Museo del Prado, igualmente bajo los árboles.

Don Emillo Tarduchi me tenía dada orden de contactarme con todas aquellas amistades que en la provincia de Málaga había adquirido con mis correrías novelescas. Lo hice así y conseguí saber de varios puntos lo que mi jefe deseaba. Por esta causa hice un viaje a Córdoba que me valió ser huésped de la cárcel durante diez días, logrando con ello conocer al autor y cómplice de uno de los varios asesinatos cometidos por los comunistas en Baena, pueblo de esta provincia, ya que en la cárcel por haber ingresado a disposición del Gobernador, nadie suponía que fuese por un motivo de indulto falangista, cuya organización era para ellos

desconocida con ese nombre. Durante los ochenta primeros meses de este año, fui por la misma causa, aunque por distintos motivos, encarcelado tres veces, así que las penas excedieron a arrestos gubernativos, por los cuales estuve en total diecisiete días detenido, diez una, cinco otra y dos otra.

Mientras llegaban las elecciones, entre los estudiantes la propaganda cundía en forma extraordinaria, esperando una gran parte de éstos el discurso de José Antonio, que ya estaba anunciado en la Comedia, para darse de alta en nuestras filas. A José Antonio le desconocían muchos y, por lo tanto, no tenían gran confianza en él, no obstante ser el único que trataba de dar autoridad a la juventud incomprendida.

Vivimos momentos de emoción esperando con ansiedad el día glorioso en que habíamos de enarbolar nuestra bandera aun sin colores.

Nosotros afirmábamos que el Jefe había de abrir un camino por el que los incrédulos pasarían llenos de fe y de esperanza sin dudar en el éxito de nuestro ideal.

EL 29 DE OCTUBRE

El 29 de octubre nos parecía todos los encargados de guardar el orden alrededor y dentro del Teatro de la Comedia, que estábamos dando escolta a un día gigante, con el que dábamos principio a una época. Algo más, yo creo que la lucha de tantos días, empezó a sentirse vivir en nuestra alma porque hasta entonces solo había sido el presentimiento que entre la clandestinidad nos anunciaba el vivir.

Después de haber sido agotadas todas las entradas con tres días de anticipación, sabíamos que el éxito de público estaba asegurado. También lo habíamos presentado. Cuando unos hombres como José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y García Valdecasas, que aunque nadie conocía a este último como político y quizás muy poco como catedrático, no se podía dudar de él porque lo había elegido José Antonio.

GARCÍA VALDECASAS

A García Valdecasas no le he podido escuchar.

Hoy ya todos conocemos su discurso, que no es más que una lección y muy al estilo de las aulas de las que hemos de aprender los que siguiendo lo presentado esperamos triunfar.

JULIO RUIZ DE ALDA

Quando penetró en la sala, el héroe del aire empieza su discurso u oración, que contra lo que muchos han dicho, para mí fué un éxito grande, primero el no acertar a decir con presteza y el no estudiar las palabras, esto era una gran prueba de que Ruiz de Alda soñaba en ese momento lo que decía y decía porque el sueño le impulsaba; impulso elevado e impetuoso que le impedía decir cuanto el sueño le dictaba.

El discurso de Julio Ruiz de Alda es —y nadie podrá dudarlo— una maravilla de exposición en el sentido de guerra y en el sentido de ejército que ha desaparecido en España, porque con la República, vino una República con cada individuo que, como tantas veces hemos dicho, atropelló la forma de sentir y la hegemonía del ejército cayó bajo la libertad del populacho.

Ruiz de Alda nos habla del ejército con el impulso de un futuro César que soliloquiando un momento antes de serlo, vé a sus soldados saltar sobre las murallas de ajenos castillos, hiriendo sin temor bajo el frío fuego de una luna de oro en la noche santa e inmortal, porque desde ésta, el mundo había de pasar bajo el arco o el yugo de su conquista.

Dice que cuando España tenga ejército, o el que tiene tenga autoridad, será la nación que fué, porque volverán a los individuos los conceptos desaparecidos de Patria y de Estado. Es decir, volverán a ser las artes los espejos de las ciencias y las ciencias los conductores de las artes, y el Universo reconocerá la España Imperial que conquistó Roma, la España de Carlos V, no la España de hoy, que no es más que un manicomio en donde todos los majaderos han adquirido el derecho de ser sabios, destrozando con su estúpido "saber", lo que los poetas y guerreros —si es que no es lo mismo— nos legaron.

Reconozcamos también que este derecho de libertades y con éstos el incendio y la destrucción de las grandezas, ha legado por la pedantería de los que también se creyeron sabios, no siendo nada más que señoritos.

JOSE ANTONIO

Antes de comentar el discurso de José Antonio, hablemos del hombre, ya que éste es el que con una magnificencia sin límites nos ha expuesto la decadencia de las épocas y la necesidad de conquistar nuestro destino imperial, porque con él vendría la homogenización total siguiendo la estrella que nos ha de llevar más allá del más allá.

En un prólogo de un libro titulado "Tres Novelas Ejemplares y un Prólogo" y que después le define como novela don Miguel de Unamuno, presenta al hombre con sus pecados y sus virtudes, no sin an-



tes presentar a los tres hombres del hombre. Estos pecados, que por estar unidos a las virtudes, son la verdad de la psicología de una raza, nos da el estudio de los hombres que por excepción de los hechos —y de lo que por no hacer afirma lo edificado en el desnudo del perifoneo objetivo— sino son dioses son conductores de masas, por la palabra por la acción o por la pluma.

Estos "yos" comentados con maestría y acierto por el filósofo vasco, no están descubiertos por él, ni creo que, el que otro los descubriese, tenga importancia, puesto que lo importante es el estudio que de estos "hombres" se haga, ya que los "yos" del yo se descubrieron en el mismo momento en que el hombre después de dudar sobre lo que había pensado hizo otra cosa.

Creo que Unamuno al encontrar los tres "yos" del hombre de carne —porque el ficticio, como él dice, es el más real —o debe serlo— debió olvidarse del cuarto, a no ser que le fundiese en los tres que con singular acierto define.

Al hablar de los tres hombres del hombre dice: "el que uno es, el que se cree ser y el que lo cree otro". ¿Y el que está ignorado por estos tres? ¿Es que cada individuo además de lo que es y de lo que le creen ser no es un ignorado de lo que es, de lo que se cree y de lo que le creen? Pues sí tras lo conocido por él y por los demás existe el hombre impregnado de poesía pura —sin la música de la trova— echa de las imágenes y de las ideas agonistas con que los demás hicieron sus obras, vamos a sacarle a la luz, con lo que inicia al decir de lo no dicho y, por lo tanto, de lo nuevo.

Este último hombre que quiero dar a conocer no es —ni puede serlo— descubierto por mí; el hombre ya se tiene de por sí descubierto. Este a quien me refiero es el que siempre me he referido. Al hombre oculto que en un momento llega desnudo, se pasea por la mente del vestido como fantasma loco de sabiduría y unos instantes influye y hasta impera en el pensamiento, pero este "vestido" vuelve a ser quien era y le da miedo haber sido otra cosa por la falta de la fe, y ésta existe porque se ignora y al ignorarse se encuentra impotente para seguir siendo lo que en un instante ha sido.

(Continuará.)



Establecimientos Núñez AUTOMOVILES

Buick

Oldsmobil

Opel

Chevrolet

Camiones:

G. M. C.

Blitz

Santiago

Coruña

Lugo

**Productos de la
General Motors**

Teléfono núm. 15

Telegramas: NOVOSIERRA

NOVO Y SIERRA

Almacenes de Ultramarinos y Cereales

MOLINOS HARINEROS

Fábricas: **Curtidos**
Aguardientes Compuestos y Licores

PVENTECESURES
(Pentvedra)

Sanatorio Quirúrgico del Pilar

de los

Sres. Barbeito y Rey Grimaldos

Cirujanos del Hospital Municipal

Cirugía en General Ginecología y Partos
Teresa Herrera, 17

Teléfonos: } SANATORIO, 2240
} BARBEITO, 1641
} REY GRIMALDOS, 1741

La Coruña



FOTOS



EMOCIONANTES
REPORTAJES

LA MUJER MAS VALIENTE DE ESPAÑA